REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, NOVIEMBRE 18 DE 1933 — No. 15

El Consentido, la Niña y el Rencoroso

POR

Patricio Lynch Pueyrredón



ENLAZARON, cerdearon y ensillaron el potro, un animal grandote, que después de tironear un rato todavía se sentaba, resistiéndose al cabresto y a la mano que le apretaba la oreja, mientras abajo del cuero le corrían unas ondas chiquititas, de miedo y de enojo.

—¡Bueno! ¡Ya está! —dijo el patrón, que contemplaba la escena desde lejos, y agregó: —¡Escuro! ¡Suba!

El chinito que había estado siguiendo los preparativos con ojos agrandados de espanto, temblando también de puro susto, como el potro, se largó a llorar a gritos y corrió a refugiarse entre las mujeres.

—¡Que suba he dicho! ¡A ver mi arreador! ¡Yo te voy a dar para que llores con gana!

El peón de mano, Atanasio, le alcanzó el látigo; pero adelantándose a don Lucio, tal vez por quedar bien con él o porque tuviera compasión del chico, y como se hace con un cordero que se escurre entre las ovejas, sacándolo de una pata, lo agarró y lo llevó a la rastra hasta donde estaba el potro. El capataz, un hombrazo duro como el lapacho en la carne y en el alma, lo manoteó, antes de que el peón lo largara y lo alzó en el aire.

—Asujetate —le dijo, poniéndolo sobre el recado, y retirándose: —Total, más del suelo no vas a pasar.

El peligro que conocía le hacía blanquear los ojos saltones. ¡Si él se hubiera podido prender en el amplio recado, con sus piernitas menguadas! Ya le estaba doliendo el porrazo que lo machucaría todo, al caer desde lo más alto de un corcovo.

—¡Larguen!

Los que inmovilizaban el potro se alejaron. Encorvado, con el cogote estirado y la cabeza gacha, casi tocando la tierra con el hocico, el animal permaneció un segundo, tembloroso. Arriba, Escuro, no era más que un montoncito de carne, más mugrienta que negra. Las lágrimas se le habían helado en la cara angustiada, tenía seca la saliva en la garganta, y adentro del pecho, el corazón detenido, era un cencerro mancado.

De pronto, Luchito gritó:

—¡Castigalo!

Fué suficiente. El potro se abrazó la cabeza con las manos y dió dos o tres saltos sin que el chiquilín se desacomodara. Sin embargo, un instante después iba a dar con todo el lomo en el suelo y a castigar con las patitas peladas en unos cardos secos.

—¡Ah! ¡Ay! ¡Ay! ¡Mi'a quebrau!

Se enderezó quejándose y disparó para las casas, aflojando de una pierna y agarrándose la cadera. Las carcajadas de don Lucio, de su hijo y de la peonada, se prolongaron hasta que acercaron el potro nuevamente.

—¡Arriba otra vez!

—¡Máteme! ¡Yo no subo! ¡Toy quebrau!

Pero, al primer guascazo que le envolvió las canillas sacándole las lonjas, ya estaba de nuevo enhorquetado en los bastos. Y así una y otra vez, como siempre, hasta que los mirones ya no tenían fuerza para reir.

Después, en un rincón de la cocina, devoraba un pedazo de asado mojado con salmuera de lágrimas, oyendo las bromas de los paisanos.

—¡Ta que vi'a sido güen parador, el moso! — comentó Atanasio: — Y desedido ¿no? Cuanto lo enbitan quiere.

—Güena rodiya. ¡Y qué pierna pa un truco! — compadreaba el Cortado.

Y el capataz:

—Me gusta por lo libiano pa saltar... digo, pa juir a los saltos.

Todo entre las carcajadas de una decena de hombres, con la alegría más natural del campo donde todo es igual: bravío, brutal, trágico, hasta la risa...

El chinito lloraba, lloraba y se tanteaba las piernas, los brazos, las costillas, y los hombros con los que había arado la tierra en las caídas. Luchito llegó a agregar su broma a la de los hombres. Escuro no pudo más. Se pasó el revés de la mano por los ojos mojados de llanto. Lo miró fijamente, y le dijo:

—El que l'hase la paga.

—Güeno, güeno... Al campo— ordenó el capataz, notando que el hijo del patrón se había puesto rojo de rabia. — ¡Insolente, el chino! Al campo. Haberán hecho la cosina pa qu'empoyés... Bamos. A dar güelta los chanchos que si han ganau al cañadón, a tirar agua, a trair leñ'e baca en el carrito, a...

Y así se crió el huérfano, que un día en la estancia, dejó una negra vieja que decía ser su abuela y que murió tísica. Castigado, burlado, golpeado por todos, comiendo a tirones, a lo perro, durmiendo amontonado con éstos en cualquier parte, trabajando todo el día, se fué estirando.

★

Se fué estirando, y no de gusto. Echaba la cabeza atrás en un gesto de bravura y avanzaba el pecho como queriendo llevarse todo por delante. Su mirada sobraba, "retaba y se apagaba bajo el párpado desdeñoso. Su andar tranquilo y balanceado, indicaba al hombre seguro de sí mismo. Poco a poco, por derecho de más hombre, la estancia le perteneció. Una historia siniestra se repetía abreviada y confusamente en su ausencia.

—El que l'hase, la paga, solía desir cuando chico. Dejen que se me crien las piernas y ban a ber si los baguales se me ban a dir sin que les charquee las paletas. Dejen que se mi alarguen los brasos...

—Pero mire... ¡Qué cosa!

—Y se le criaron los brasos nomás. El Cortau qu'er'hombre peligroso, no se sabe bien por qué, le dij'un día "chino guacho", una nada, pero él qu'estab' aguardando l'ocasión, lo sentó di un rebencaso, en cuanto se paró le segundó otro y otro más, una yubia, sin darle tiempu a sacar el cuchiyo. No murió el otro, peru al tiempo lo encontraron en mediu el campu, hablando sólo, desnudito como Dios lu echó al mundo. Taba loco.

—Pero bea ¿no? ¡Qué barbaridad!

—Con Atanasio y el capatás, pasu algo pior. Una mañana los hayaron en el camino grande, tendidos con la cara pa arriba que les renegriaba'e moscas. Y naides sabe quién jué. Naides.

Pero ante todo y sobre todo, Escuro era un hombre de a caballo, jinete por donde lo buscaran. Don Lucio lo presentaba a sus amigos:

—Ese es mi crédito. Ahora lo verán jinetear.

Sobre el campo endurecido y blanco de helada pasó el tropel de los chúcaros con las crines revueltas y los ojos entigrecidos, arreados al galope por varios paisanos bien montados, y entraron al corral llevándose los alambrados por delante, de puro brutos.

Los mozos y los hombres maduros que quisieron demostrar sus habilidades, baratearon los primeros que cayeron en el lazo de Escuro que parado en medio del corral, con sus piernas cambadas por las que podían pasar cuatro perros peleando, dirigía la doma, para diversión de los puebleros visitantes. Y el plato fuerte llegó con la impaciencia de don Lucio:

—¡Ahora vos, ché!

Cuatro potros, uno detrás de otro fué montando según tenía costumbre, hasta que el patrón daba la orden de descanso. Los que asistían al espectáculo se mostraban admirados. Pero don Lucio no estaba del todo satisfecho. Lolita, su sobrina y novia de Luchito le dió oportunidad de quedar contento. Dijo que le gustaba para montar en el verano, un zaino pico blanco, calzado de tres, que se destacaba del montón por su estampa grande y airosa. Hubo que ponerle el recado.

—Sácamelo despacito. Mira que es de la niña. No dejes que se haga el gusto. Sujetalo... Para empezar sacate las espuelas.

Era fácil. Don Lucio estaba acostumbrado a jinetear de ojito. Si se hubiera tratado de un animal palenqueado, desbravado ya, amansado de abajo, la cosa hubiera sido más sencilla. Cualquiera se le hubiera sentado. Escuro sabía que iba a entrar en una movida de órdago. Se apretó la faja. Se ciñó de nuevo la vincha. Y se acercó al animal. Saltó despacito. Era liviano como marlo, el chino. Hizo una señal al que se lo tenía y aguardó.

Libre ya el zaino se sacudió las orejas atolondrado, y apenas esperó que el jinete lo tocara por la paleta con la lonja, como en una caricia, invitándolo a salir. Se arrastró a corcovear furiosamente. ¿Sujetarlo? ¿Para qué? Hubiera sido gastar fuerzas al ñudo. Había que dejarlo desfogarse en bufidos, saltos y gambetas, amenazando tomar para uno u otro lado, arqueando el lomo o estirándose en unas abalanzadas rabiosas, y sacudiéndose en el aire sin conseguir sacarse el jinete que iba prendido como chuncaco y que no dejaba de castigarlo fuerte y rítmicamente hasta hacerle soltar la cabeza de entre las manos y disparar campo afuera por un cuesta abajo, enloquecido, más enérgicamente castigado. Otros dos jinetes se lo apadrinaron hasta el palenque. Mientras le volteaba el recado entre los comentarios de los presentes, se le acercó Luchito en compañía de su novia, y lo invitó con un cigarrillo.

—Gracias niño. Pito juertes.

—¿No está cansado? — preguntó Lolita, viendo la palidez de su cara.

—Un poco, niña. Y no porqui haya tenido qui haser mucha juerza. Nu es duro el bagüalito éste, sino qui ando medio culeco.

—Y por qué no le dijiste a Tatita, hombre.

Rió Escuro ante la salida del mozo y respondió:

—Sí, como pa desirle nad'es el patrón. Capas que me dá una soba.

También rió Lolita, divertida ante la idea de que el viejo don Lucio pudiera castigar a aquel muchachote fuerte y bien plantado, que tenía en la cara un gesto fiero y receloso. Escuro la vió a pleno sol, blanca y rosada y fresca, alegre como un cascabel. Vió los ojos apasionados de Luchito. Y pensó en que esa mujercita hecha para la caricia y el goce, debía concretar toda la ambición de su novio. Y entre las sombras de su cerebro se abrió paso una idea, repentinamente, como una chispa en un pajal, incendiándolo.

Mientras Luchito permanecía contando a sus amigos la forma en que Escuro había aprendido a domar "en la punta del látigo", uno de los presentes, tuvo el rasgo generoso de dolerse:

—¡Pobre muchacho!

El domador que se alejaba y que lo oyó, murmuró para sí: "¿Pobre? No sé por qué. El que l'hase la paga, y el que cobr'algo tiene".

★

Sólo de caballos y de aperos estaba encargado. Desde que clareaba el día ya lo oían caminar de un lado para otro, pues no se sacaba las espuelas enormes ni para sestear. El bárbaro... El piso del patio, de la cocina y de los galpones estaba surcado por las rodajas bravas. Galopaba los redomones. Engrasaba sogas, maneas, riendas, lazos, boleadoras, componía cintas reventadas. Trabajaba siempre en silencio. Andaba todo el día como si se le hubiera perdido un botón de plata del tirador, con los ojos para abajo, mirándose la punta de las alpargatas.

Pero su ocupación principal era el cuidado del zaino de la niña, el Consentido, como él lo llamaba. A pesar de tratarse de un animal alto, fuerte y parejito, con todas las condiciones para ponerle el recado con gusto, le tenía ojeriza. Cada vez que lo montaba se le arrastraba a bellaquear y aunque no era criollo de sacarle el cuerpo a eso, tampoco le gustaba andar domando toda la vida. De todo se cansa uno. Así fué que un día se dejó las espuelas en lugar de sacárselas como el patrón le había ordenado, en un error enorme incomprensible en un hombre que sabe que las cosas pequeñas del campo, que son las más necesarias, y que más bien parecía una idea de viejo chocho.

Subió. Lo sacó despacito, con suavidad. Tranqueó hasta que entró a la calle del monte donde oculto a las miradas de don Lucio podía sacarse la gana que le tenía al sotreta. Cuando intentó hacerlo galopar, le contestó con un salto y él lo clavó pidiéndole otro y otro hasta que se entregó con rencor. Al día siguiente se le acercó y notó que al oír el ruido de las espuelas el pico blanco temblaba como un potrillo que acaba de nacer.

—¡Olgalé, al duro! Esu era lo que le pedía el cuerpo.

Montó y nada. Al día siguiente lo subió sin espuelas. Volvió a saltar. Y al otro se le arrimó notando que los garrones le temblaban y los ojos lo buscaban desconfiando. Lo subió sin tocar el estribo y lo sacó a lo tano, al galope sin que el Consentido hiciera otra cosa que mirar para los lados y orejeara conociendo el ruidito de las rodajas, el peligro de los cruzas. Después de un tiempo de observación, Escuro se dió por satisfecho. Sus preocupaciones terminaron dando avena y maíz al pico, blanco, caminándolo de cuando en cuando y comprobando que no perdía las mañas.

★

Llegó el verano. Luchito ya era abogado, y marido de su prima. Pasaba una temporada en la estancia, acompañando al viejo don Lucio que no sabía qué hacer con la pareja, tan encantado lo tenía.

—Mirá tu caballo, hijita.

—¡Es precioso! ¿No es cierto tatita que yo tengo buen ojo?

—Claro que sí Lolita, claro. Escuro cantaba, ensillando el Consentido.

—¡Hola! Me han dicho que has andado medio tristón, negro. ¿Cómo es eso?

—Es que l'estancia ta muy sola niño, y el patrón no se haya sin usté ¿sabe?, y anda todu el día con'una sombra'e cayau. Yo no sé lo que mi'a pasau, peru el caso es que m'he sentido medio sin gusto pa todo. Peru aura todos estamos contentos como milonga. Terminaba de acomodar la montura para Lolita y tomando el caballo de las riendas y retirándose, dijo: ¿Qué le parese? Qué flete ¿eh? Ta bien invernau, niño. Cabayo gordo y cuidau siempre es lindo, como mujer de ricacho, solía decir el viejo Rufo.

—¡Ah! — exclamó don Lucio; —Pero no te alabes de ser el autor de esa maravilla. Yo no te he sacado la mano de encima, por ese pingo. Sos medio abandonado, negro. Mirá hijita, te lo he hecho cuidar como a un muñeco. ¿No es cierto, Escuro?

Lola era una amazona gallarda. Montó con desenvoltura y se apareó a su marido que ya había montado en otro caballo. Este habló a Escuro para que ensillara y los alcanzara con objeto de que les abriera las tranqueras.

Don Lucio apoyado en uno de los esquineros del galpón, se quedó contemplando con una mirada lánguida, la pareja de jóvenes que se alejaban lentamente bajo la rubia luz de la mañanita estival en que se respiraba con deleite el fresco olor del rocío brillante todavía en los pastizales y en los claros hilos de los alambrados. Cuando los vió entrar en la calle del monte, murmuró,

—Ya me puedo morir tranquilo. Mi sangre no se ha mesturado; — y se dirigió a sus habitaciones.

No se había mezclado su sangre. Los primos, habían acercado sus caballos y en medio del monte que estallaba en gorjeos alegres, con el nudo de un beso fuerte ataban una vez más sus destinos. Fué largo el beso, pero la mujer lo cortó de pronto, porque sí, y deseando ser perseguida entre los árboles, quizá por un viejo instinto de hembra que dormía en ella, se zafó del abrazo del marido y dió vuelta el caballo mandándolo por entre los troncos decididamente. El Consentido, no podía olvidar en un momento su maña y se arrastró a bellaquear. Casi en seguida, la sacudió de cabeza contra un grueso tronco. Luchito que corrió detrás, no pudo sujetar a tiempo y los vasos de su caballo la pisaron al pasar.

Escuro que se había demorado en ensillar, miraba desde el interior del galpón, cómo cortando campo, disparaba el Consentido sacudiendo la montura, bailándole los estribos...

Ilustración de ARÍSTIDES RECHAIN

EL INCENTIVO

por Julio César Dabove

COMO hacía calor, después de la copiosa cena en el lujoso hotel de moda, aquellos dos señores resolvieron, contra su costumbre, tomar el café en una de las mesitas dispuestas a lo largo del amplio veredón de la Avenida de Mayo.

Departían sin entusiasmo, más atentos a la marcha regular de sus exquisitos cigarros de hoja que a la conversación cuyo giro mariposeaba en temas triviales.

Por la riqueza de sus trajes de tonos severos, sus pecheras y puños de rica tela, la seguridad y desenvoltura de sus modales y, sobre todo, por cierta insolencia propia de las clases privilegiadas, se advertía la holgura de sus posiciones. En efecto: el más joven había sido diputado y el otro, de unos cuarenta y cinco años, abogado, había desempeñado altos cargos en la administración.

No obstante tener el ojo avizor para las mujeres, parecían no prestar atención a los transeúntes, usando de cierta displicencia entre afectada y natural.

La Avenida lucía. Los focos del alumbrado público, agrupados a trechos en racimos blancos, inundábanlo todo con su luz lechosa, borrando casi las manchas amarillentas que despedían los cafés de lujo. Las gentes, bien vestidas, hormigueaban por las aceras. Las mujeres, algunas muy hermosas, casi todas deseables, marchaban con aire de majestad, como desdeñando las miradas ardientes de los hombres, miradas llenas de curiosidad sensual nunca satisfecha y muy porteña.

De pronto los dos elegantes se sintieron vivamente solicitados por una mujer que, descendiendo de un lujoso automóvil, cruzó la acera; una de esas hembras que los varones miran alejarse con pena y cuya grupa persiguen con ansia los ojos, hasta donde es posible, entre los claros que dejan los viandantes.

El abogado exclamó:

—¡Qué soberbia!... Margot... ¿No la conoce usted?... Es una nueva "cocotte".

El interrogado apuntó con un ligero desdén:

—Basta que sea una "cocotte" para que no me interese.

Y como el otro lo mirara extrañado, explicó:

—La sola idea de la posesión de una mujer casta es suficiente para enardecerme; en cambio, la seguridad de poseer una cortesana me deja casi indiferente. Yo necesito el incentivo del recato. El por qué no sé dónde reside.

El abogado sonrió.

—Hay muchos hombres como usted — dijo — que se emborrachan con los vapores de ese narcótico mental llamado castidad. Ustedes persiguen, sin duda, reciprocidades en el placer, temerosos de la parodia en el amor, pero la honestidad en sí no proporciona un placer efectivo, sino actuando como ilusión. Si no se aburre, le contaré un caso del que fuí protagonista y que acabó por convencerme.

El más joven, por no interrumpir, asentía con la cabeza.

—Sólo le ruego que no se acuerde más de esta aventura, donde jugué, por cierto, un papel bastante desairado; aunque, lo digo con toda sinceridad, su recuerdo no mortifica ya mi orgullo. Además, ¡es tan agradable reforzar una idea con la evidencia de un hecho vivido!

A su turno, tocó sonreír al ex diputado, sabedor de que su amigo era capaz de sacrificarse por darse el gusto de contar una historia.

El que usaba de la palabra prosiguió, sin hacerse rogar:

—El caso pasó hace varios años, cuando yo era vocal del Consejo de Educación. Usted conoce la fama de galantería que soportó siempre esa repartición nacional, fama explotada por la política opositora y aceptada por la mentalidad del pueblo, siempre dispuesta a la exageración. Se me ocurre que en algo contribuye también a exaltar la fantasía popular el aspecto ceñudo que presenta el sombrío edificio del Consejo, con sus ventanas impenetrables eternamente cerradas.

Las mujeres, que constituían la mayoría de nuestro público, no eran ni mejores ni peores que el resto de las mujeres. Claro está que donde existen intereses materiales de por medio, siempre hay causa para algunos resbalones. Esto, como usted sabe, es igual en todas partes del mundo. Eso sí, el trato diario entre ambos sexos, necesariamente, fatalmente, engendra aventuras y líos, aun sin buscarlos. Por eso, el consejo que yo daría a un aprendiz de Don Juan sería, aunque parezca una perogrullada: "Procure usted permanecer entre mujeres el mayor tiempo posible". Lo demás se encarga de hacerlo el instinto con mayor acierto y eficacia que el ingenio.

Una tarde, al salir de las oficinas, me cerró el paso una mujer. Estaba elegantemente vestida de negro y me pareció muy hermosa y muy cohibida por su resolución, como si el primer impulso la hubiera llevado demasiado lejos.

Interesado por su belleza, la animé:

—¿Qué se le ofrece a usted, señora?

Pero el acento de amabilidad que puse en mis palabras no logró tranquilizarla, y repuso, embarullándose:

—Señor... doctor, este..., un expediente... Usted disculpe mi atrevimiento...

La invité a pasar a mi despacho, para librarnos de la presencia de los ordenanzas y de dos o tres postulantes, esas figuras que parecen eternamente destinadas a ambular por los corredores de las oficinas públicas en espera de algo que no se resuelve nunca y que dan la impresión lastimosa de paciencia, de injusticia y de hastío.

Instalados con toda comodidad en las butacas del recibimiento, ella me exponía el motivo de su visita, mientras yo la examinaba a mi gusto.

Permanecía con los ojos bajos, en tanto hablaba, molestada, tal vez, por la insistencia de mi mirada. Yo la miraba con esa urgencia del "gourmet" cuyo apetito ha sido despertado por un plato sabroso. Era, en efecto, muy bella, y su recato ponía una interesante nota paradójica de sensualismo en su rostro de virgen sana.

Fué animándose poco a poco, hasta caer en cierta verbosidad encantadora, aturdiéndose con sus propias palabras, como cuando se quiere justificar una situación falsa.

Mi atención estaba subyugada por la contemplación de su boca pequeña, sedosa, cuyo labio superior, sobre todo, ligeramente abultado, daba a su rostro de mujer un carácter de infantilidad que nunca he podido mirar sereno.

La escuchaba apenas, y mientras procuraba dar forma y justificación a su pedido, yo, en una deliciosa turbación de los sentidos, estremeciéndome, imaginaba lo dulce que sería morder aquellos labios castos, consistentes y húmedos.

Pareció notarlo de golpe, y se ruborizó. Más tarde me han dado qué pensar esos rubores siempre listos a flor de piel y que eran su mayor encanto.

No sin trabajo me sosegué, y con un esfuerzo retrospectivo, hilvanando palabras tomadas al vuelo con algunos detalles en los que insistía con pertinacia femenina, me dí cuenta cabal de su solicitud.

Era la mujer de un contratista que pretendía cobrar una crecida suma por ciertos proyectos presentados y servicios que decía haber prestado a la administración. El había iniciado y movido en vano el expediente, cuya marcha entorpecía, por maldad, no recuerdo qué jefe de oficina. Ahora se encontraba enfermo y necesitado, agobiado por deudas y casi sin pan para sus hijos, tres criaturas encantadoras, al decir de la madre. Ella, valientemente, tomaba la dirección de las gestiones, venciendo su natural timidez, por amor a los niños.

Me hizo mil confidencias inocentes y añadió que era francesa, lo que me sospechaba por haberla sorprendido en pequeñas incorrecciones de lenguaje, originadas en giros gálicos.

No sé si la belleza o el gesto simpático de aquella mujercita valerosa me conmovieron; pero, triunfando sobre el instinto, prometíle mi más decidida protección. Puedo decir, sin engañarme con hipocresías, que en aquel momento obraba sin ningún interés bastardo, movido por el más amplio espíritu de justicia.

Como yo era funcionario flamante, no conocía el asunto; anoté los datos que me daban y la cité para la semana próxima. Se despidió encantada y se alejó, sin darse vuelta, con su elegante paso menudo, dejándome turbado.

Al día siguiente me proveí de informes. Eran poco favorables a mi protegida. El asunto no era del todo claro y, además, tenía que luchar contra la inercia absoluta de mis colegas. Resolví desinteresarme. Pero ella, con una tenacidad no sospechada, volvió una y cien veces a pintarme su situación y la de sus hijos y a hablarme de su agradecimiento eterno.

Menudearon sus visitas, siempre bregando por el buen éxito de sus gestiones. A pesar de su asiduidad, tenía el don de ser discreta y de desplegar, sin quererlo, mil motivos de educación. Comencé por apreciarla, viéndola tan empeñada en el porvenir de sus hijos, a los que deseaba educar con brillo a toda costa. Yo usaba con ella toda clase de atenciones, que ella agradecía vivamente.

Un día, con lágrimas en los ojos, me confesó que su marido la había golpeado. El miserable, según deduje de la conversación, la instaba a usar de todos los medios y lo exasperaban las dilaciones.

Así pasaron dos meses, al cabo de los cuales nos amábamos. Una tarde en que habíamos quedado solos en la salita de mi despacho, la hice mía, usando, casi, de la violencia.

¡Lo que gocé con aquella mujer deliciosa en la fugaz semana de nuestras entrevistas realizadas al atardecer!...

¡Dos horas que ella robaba a su hogar para dedicarlas a mi pasión, haciéndome el sacrificio de su castidad, que se rebelaba a cada instante en los conturbadores detalles de nuestra intimidad! ¡Su recato!... Era el mayor incentivo que aquella mujer sabía ofrecerme. Aun está vivo en mí el recuerdo de aquellas luchas diarias en las que mi empeñosa exaltación tenía





que vencer siempre una enérgica resistencia. Su temperamento me enloquecía. Siete días viví en aquella deliciosa torpeza sensual, la felicidad más efectiva a que puede aspirar el hombre. El desastre pasó en la tarde de un sábado.

Estábamos en mi departamento, que usted conoció, en la calle Córdoba. Tenía para ella una mala nueva: su asunto había sido votado en contra ese mismo día, a pesar de mi empeño, y yo, por cobardía y por lástima, de dilación en dilación, le había reservado la noticia para cuando estuviéramos en la intimidad.

Empeñábame en descubrirle un lunar en el torso, y ella se defendía heroicamente; logrado mi deseo, no sé por qué me pareció propicio aquel instante de intimidad.

—¿Sabes, querida, que tengo una mala noticia?

Ella, juzgándome tan influyente, no podía pensar en el fracaso, e imaginándose otra cosa, frunció con gracia el ceño, aproximando los arcos negros de sus cejas sedosas, en espera de explicaciones. Le dije de golpe:

—Hoy se votó tu asunto; se perdió...

Sentóse con brusquedad en la cama y me preguntó, con un timbre de voz desconocido:

—¿Definitivamente?

—Definitivamente.

Entonces, desasiéndose de mis brazos, se lanzó del lecho en camisa y me enrostró, con acento enronquecido y silbante:

—¿Y tú? ¿Tú..., qué has hecho? ¿Para qué has servido? ¿Dónde está tu influencia? ¡Cretino! ¡Cornudo!...

Mudo de asombro, la contemplaba sin poder comprender aquella faz absurdamente contradictoria de su carácter. Su camisa había quedado recogida sobre los muslos, pero ella, sin cuidarse, con la cabeza desmelenada y echada hacia adelante, el cuerpo hecho un arco, como para que saliera mejor aquella avalancha de obscenidades, me vomitaba injurias soeces, mezclando en su vocabulario palabras de su idioma nativo, al que recurría para insultarme mejor.

Repuesto en algo de mi sorpresa, intenté hacerla callar, pero era presa de una furia incontenible:

—¿Creíste que por tu bonita cara? ¡Ah! Es claro. El pedante, el bel ami, baboso, salot, cocu.

Quise volverla a la realidad, resistiéndome a creer que la realidad esa fuera aquella. Ella, tan delicada... Sufría viéndola así y me la figuraba en un momento de delirio, loca al ver fracasar el pan de sus hijos. Traté de hablarle con calor, con persuasión; no recuerdo precisamente qué le dije, algo sobre su dignidad y su recato... Pero su acento agresivo se tornó sardónico y canallesco:

—¡Imbécil!... Te pavoneabas creyendo haber seducido a una mujer casada y honrada. ¿No has comprendido el juego todavía? ¡Serás idiota toda la vida! Y resonaba en la habitación su risa mortificante y ofensiva.

¿El juego? ¿Qué quería decir con eso? Súbitamente se me inundó el pecho de una sospecha abominable. Poseído de una rabia repentina, la tomé con violencia de las muñecas:

—¿Cuál es el juego? Vas a decírmelo, ¡pronto! Y la oprimía con toda mi fuerza, hasta hacerla crisparse. No era necesario, por otra parte, poner mayor empeño en hacerla confesar; lo deseaba con ardor; no hubiera podido guardar secreto aunque le pesase. El rencor del fracaso la sofocaba, la envenenaba. Así supe la detestable verdad, la sangrienta burla de que había sido objeto.

Ella era una "cocotte" que había sido amante accidental del contratista. El, conocedor de las debilidades humanas, imaginó la treta para sacar a flote su asunto perdido. La eligió a ella para dar el golpe, conocedor de su inteligencia y de su maravillosa aptitud para fingir, ofreciéndole, en caso de buen éxito, la mitad de las utilidades.

Lo demás lo fraguaron entre ambos: la enfermedad del marido, la escasez de recursos, los hijos...

Yo estaba anonadado. Ella, la dulce, la púdica, subrayó el último comentario con una carcajada.

—¿No comprendías, imbécil? ¿No ves que mi especialidad es "faire l'ingénue"...

Efectivamente, aquella hábil comediante había "hecho la ingenua" de manera inimitable, al punto de no haberme permitido dudar nunca de su farsa innoble.

Más que por haber sido objeto de mofa, sufría de una manera intolerable por la pérdida de mi ilusión. Yo había querido y deseado esa mujer sobre todo por su recato. ¿Qué había amado, entonces? ¿Mi propia vanidad de seductor? ¿Una idea? ¿Una ilusión? Sentía un extraño desconcierto en mi espíritu, como cuando están en discrepancia los sentidos con la evidencia. Me parecía, y esto me torturó mucho tiempo, que sustentada en una mentira, toda mi dicha había sido falsa. Sin embargo, el placer había sido real, efectivo: ¡bien efectivo!

Ahí tiene usted por qué la castidad no es más que un incentivo de ilusión.

El amigo, que había seguido al narrador con atención, murmuró, mirando la orla roja y aromática de su cigarro.

—La verdad que lo gozado es una realidad: eso no se lo quita a usted nadie.

LA DENUNCIA

por Ribeiro Couto

traducción de Pedro Rojas

EN mi viaje de hace poco a Bahía, monótono y enervante viaje a bordo de un vaporcito intolerable, tuve hasta Victoria, la compañía siempre agradable de Carlos Pasos, un médico joven aún, pero ya prestigioso. Carlos Pasos fué mi compañero de infancia, de estudios preparatorios y después de casa de pensión, en Río.

Durante los últimos años de nuestro curso — el mío de Derecho, el suyo de Medicina — vivimos en el mismo piso de una casa de la calle Laranjeiras, allá al fin, en donde la viuda de un "coronel" Gómez tiene su sosegada "pensión para familias y caballeros".

Hace casi veinte años, pués, que me doy con Carlos. Nadie lo conoce mejor que yo. Quiero decir: que no hay mejor pregonero de su carácter, de su talento y de su bondad. Después de doctorados, nos separamos. Yo caí en la tontería de ser juez en Matto Grosso, y él quedó en Río, en lo que hizo muy bien. Dos años después de mi partida, recibí la noticia de que Carlos había sido invitado para desempeñar el cargo de ayudante del profesor Soeiro, el gran especialista de las enfermedades de la piel y de la sangre, asombrosamente enriquecido con su clínica. Allí estaba el porvenir de Carlos asegurado. Junto a una celebridad como el profesor Soeiro, sólo podía triunfar. Y después, con aquella su vocación científica...

Dije que desde la niñez nos conocíamos. En efecto. Y desde la niñez nos estimamos. Es un muchacho encantador. Sólo una cosa nunca le he perdonado: su repugnancia por la bohemia. Carlos llevó siempre esa repugnancia hasta la exageración. ¡Es increíble! Con una salud admirable, un organismo perfecto, siempre andaba a vueltas con los libros... Ni aún los sábados, cuando los muchachos más comportados de nuestra "barra" se permitían el exceso de un "cabaret", Carlos no consintió nunca en acompañarnos. Pero, ¿por qué tanto rigor? Por una razón un poco ridícula: Carlos tenía pavor a la lúes. La simple hipótesis de una noche pasada en la compañía de una mujer cualquiera, le afligía. Veía, inmediatamente, desfilando por su imaginación, las consecuencias del mal que pudiera contraer: la ceguera, las tabes... Por eso Carlos Pasos, aquel muchachón que es uno de los más bellos ejemplares humanos de Minas, se conservó casi casto hasta el cuarto año... Fué entonces que entró en intimidades con una mocita pobre, de Meyer, acerca de cuya excelencia de salud estaba absolutamente seguro, gracias a repetidos exámenes que mucho debieron de haberla fastidiado. Y cada dos domingos se hacía una "toilette" más cuidadosa y salía silbando "El Conde de Luxemburgo".

Yo bromeaba:

—¡Allá va el inspector sanitario de Meyer!

Ahora, al volver a Río, después de seis años de ausencia, para tramitar una herencia en Bahía, no tuve tiempo de ver a ningún amigo. El vapor partía el mismo día de mi llegada. ¡Qué deliciosa sorpresa no fué, por tanto, encontrar a bordo a Carlos Pasos! No cambió nada. Lo encontré, sin embargo, con el aire un poco más severo, más preocupado, como conviene a un hombre brillante en la medicina. Le abrí los brazos con una alegría profunda y él permaneció un momento en la duda.

—¿Benjamín Pereira?

Yo nada decía, permanecía con los brazos abiertos, conmovido, esperando...

—¿Benjamín Pereira? — repitió él con su raro modo tímido.

Recordé entonces que me había dejado los bigotes, y por eso Carlos vacilaba. Exclamé:

—¡El mismo, mi querido inspector sanitario de Meyer!

Carlos cayó entonces en mis brazos. Cayó llorando casi, en una conmoción mayor que la mía.

—¡Benjamín! ¡Benjamín de mi alma! ¡Mi Benjamín que quería casarse con la hija de la viuda de Gómez, para hacerse dueño de la pensión!

El vapor había soltado las amarras. Del muelle venían voces de adiós. Fuimos al bar. En pocas palabras nos contamos nuestras vidas: yo, juez aún en Matto Grosso, ahora en cambio detrás de una herencia insignificante; él con una clientela enorme en Río. Iba hasta Victoria a buscar... Aquí sonrió. A buscar a aquella mocita de Meyer.

Quedé pasmado, idiota.

—¡Cómo! ¿Continúas? ¿Continúas con aquella broma?

¿Cómo broma? Apenas su comodidad, su salud, su seguridad.

La moza había ido a pasar un mes en Victoria, en visita a un abuelo. Y él iba a buscarla. Eran muy compañeros. La había instalado en una casita en Paula Mattos. Por lo tanto, podía ahora llamarlo: inspector sanitario de Paula Mattos...

Me quedé mirando a Carlos Pasos con una fuerte envidia de la estabilidad de sus nervios. ¡Qué muchacho excepcional! Por eso gozaba de aquel aire de atleta, de aquellos colores, de aquella expresión de calma.

—¿Pero, si tienes ese temperamento casero, tímido, con tu horror a una porción de cosas inevitables que estragan a la humanidad, ¿por qué no te casas?

No hallaba manera de buscar una joven. Ni manera ni tiempo. No frecuentaba relaciones. Repartía las horas entre el estudio y la clientela. Y las jóvenes que conocía merced a su clínica de especialista, no convenían...

—Por lo demás, te garantizo, que me siento bien como estoy. Aurora es una mujercita acomodada, discreta, sobria. No me fastidia. Voy a cenar casi todas las noches con ella. Cuando no tengo ningún estudio de mayor urgencia, me paso la noche allá. Con franqueza: me siento a las mil maravillas, me siento instalado. Y después...

Aquí su expresión adquirió aquel tono de ironía con que acostumbraba atenuar el ridículo de sus temores:

—... es sana, como sabes, absolutamente sana... ¡Caso raro! Sería preciso que fueses especialista para saber como la humanidad anda podrida. ¡Un horror! ¡Sólo lidiando con ella es que se ve!

—¡Qué sereno está el mar! — comenté.

—No, positivamente, tú soñabas con la posesión de la pensión.

—¡Déjate de eso! ¡Por lo visto no perdiste la manía!

—¡Ah! Y no sabes una cosa. Lolita se casó.

—¿Se casó? — pregunté un tanto emocionado.

—Se casó.

—¿Con quién?

—Con un farmacéutico. No lo conoces. Viven en Nichthroy. Tiene ya cuatro hijos.

—¡Qué horror!

—¡Ve de qué fecundidad has escapado! ¿Y en Matto Grosso, no tuviste ningún lío?

—Sabes que soy un poco ambicioso. La única chica interesante, allá, es la hija de un ex-gobernador, que es millonario. Pero cuando llegué, ella ya estaba comprometida. Casó.

Hablamos de mil cosas y principalmente de Río, en donde, a mi regreso de Bahía, confiaba radicarme definitivamente.

—¡Estoy harto de Matto Grosso! Si los cobres de Bahía, me alcanzasen para algo, ha de ser para mi instalación por aquí. Quiero abogar, luchar. ¡Háblame de Río, Carlos! ¡mata mi saudade!

Carlos no tenía nada que contar de Río. El estudio, la clientela, la humanidad entera con la sangre envenenada...

—¿Y Soeiro? Todavía no me has hablado de él.

Pasaron unos instantes de silencio. Con la mayor simplicidad volví:

—Cuéntame algo de Soeiro. Una celebridad, ¿verdad? Debe ser un sujeto muy interesante, personalmente.

Con voz muy calma, aunque con un timbre extraño, Carlos Pasos respondió, apenas:

—Hace tres meses que trabajo solo.

—¿No estás ya con el profesor Soeiro?

—No.

—¡Oh! Entonces, te doy mis parabienes por la clientela, que dices tener! ¡Has hecho carrera, en poco tiempo, bien se ve! ¡En medicina eso no es común!

Nuevos instantes de silencio. Arriesgué:

—¿La separación ha sido en buena paz, supongo?

Carlos Pasos me miró fastidiado.

—¿No lees los diarios?

—A veces.

—Ahora que has avivado la herida, te contaré...

Y comenzó a narrar. Cuando el doctor Soeiro, su profesor en la Facultad lo llamó para secundarlo, Carlos experimentó una alegría extraordinaria. No sólo representaba eso un bello adelanto en la vida, sino que también lo aproximaba al admirable hombre de ciencia que tanto supo elevar el nombre del Brasil por sus estudios de la lúes. Su extraordinaria consagración acabó por ligarlo filialmente al maestro. Lo acompañaba a todas partes. Aquella intimidad afectuosa llegó al punto —el matrimonio Soeiro no tenía hijos — de que Carlos fuera considerado por él y por la señora, como un hijo. El doctor Soeiro debía andar por los cincuenta años, pero Eulalia no excedía los treinta y cinco.

Por eso, Carlos protestaba siempre, en tono amistoso, contra el tratamiento de hijo:

—¡Por favor, señora! ¡No tiene usted edad para ser mi madre!

Sobre todo, lo que el doctor Soeiro admiraba en Carlos, no era precisamente el talento, ni la aptitud, ni el carácter, sino la salud.

—Eres una de las raras personas que conozco en el mundo, que no tiene el veneno... ¡Buena raza!

Aquella admiración venía de un instintivo despecho, por otra parte. El doctor Soeiro, el gran especialista de la sífilis, era luético. Su señora lo era también. Aquella frescura de doña Eulalia, su linda envidiable piel, ocultaban el mal. El doctor Soeiro sufría con ello.

Al cabo de dos años y medio, casi tres, Carlos tenía en la casa del maestro una intimidad absoluta. Ya no era "como hijo": era lo mismo que un hijo. Visto que el doctor Soeiro y la señora vivían alejados de la sociedad, [illegible] tuvieron que decir a nadie. Asimismo cuando el maestro hacía un pequeño viaje a Minas o a San Pablo, Carlos iba a almorzar o a cenar con doña Eulalia.

Cierta vez manifestó deseos de conocer a Aurora. Fué a cenar con ellos. Quedó encantado con la joven.

—¡Encantadora la chiquilla!

—Y sana, maestro...

Transcurrieron unos 3 años. El doctor Soeiro empezó a manifestar el extraño deseo de hacer un examen de la sangre de Carlos. La primera vez tomó el asunto como una gracia; pero como el maestro insistiese, consintió, al fin.

—¿Por qué, maestro? ¿No cree usted que tenga la sangre pura?

La reacción dió resultado negativo. Sin embargo, a pretexto de que las reacciones suelen fallar, el doctor Soeiro volvió a pedir, algún tiempo después, un nuevo examen.

El capricho del profesor, mientras tanto, tornóse fastidioso. Cada semana renovaba el pedido. Lo pedía con aire de broma. Si Carlos se esquivaba, alegando que era una tontería, el doctor Soeiro se mostraba contrariado. Carlos, entonces, consentía, extrañando aquello. Y el profesor, al fin del examen, reasumía el tono chacotón:

—Tampoco esta vez.

Una noche, habiendo ido, como de costumbre, a casa del doctor Soeiro, la señora Eulalia lo recibió nerviosamente, con estas palabras:

—Ha hecho bien en venir. Necesito hablarle con urgencia.

Carlos esperó que ella dijese de qué se trataba.

—Vea — comenzó ella un tanto trémula. — Debe usted hacer un viaje, permanecer un tiempo lejos de Río, alejarse, en fin, de Soeiro; alejarse de esta casa, principalmente.

Carlos se asustó. Pidió explicación de aquellas palabras. Y la señora Eulalia, llorando casi, contóle que su marido hacía dos meses que venía sufriendo crisis de celos, insinuando que ella lo amaba y era amada por Carlos. De la insinuación había pasado a la acusación brutal. Y aquella misma noche, después de cenar, había tenido una crisis más violenta que las anteriores. Aseguraba que su mujer amaba a su discípulo, y que esperaba de un momento a otro la prueba decisiva de la traición.

La señora de Soeiro pidióle por todos los santos que se alejase de la casa y hasta de Río, si fuese posible. Soeiro era un enfermo. Aquello provenía seguramente de la misma enfermedad... Y sería capaz de matarlo. Conocía a su marido. Bajo aquella apariencia inalterable de bondad, tenía, a veces, ideas fijas, manías que lo llevaban a la realización de espantosos absurdos. Sería capaz de matarlo...

Allí, Carlos, no se resistió a emplear un argumento.

—¿Por qué? El maestro nunca podrá encontrar la denuncia en mi sangre.

La mujer lo miraba, un tanto avergonzada... Carlos se despidió:

—Está bien, señor. Le quedo muy agradecido.

Y ella dijo una vez más:

—Haga lo que le dije. Aléjese. Ponga su vida en seguridad, su vida que es tan preciosa...

Al día siguiente, por la mañana, Carlos estaba resuelto a no salir de Río, ni a alejarse del maestro. Continuaría trabajando con él. Apenas, si insistiera en los análisis de sangre, se negaría. Hasta que aquello pasase. Habría de pasar.

Esta actitud, seguramente, no sería de pacíficos resultados para Carlos. Podía costarle la vida. La señora de Soeiro tenía razón.

Pero no fué preciso nada. Aquella misma mañana toda la ciudad supo que el eminente clínico había enloquecido en plena calle. El mal había vencido a su encarnizado enemigo, atacándole el cerebro definitivamente.

—¿Murió?

—En el hospicio, un mes después. Por eso te pregunté si no leías diarios.

Había estrellas sobre nosotros. Un viaje tranquilo, dulce...

—¿Y la viuda? — indagué con una vivacidad cuya razón sutil mi amigo, evidentemente, poco psicólogo, no percibió.

—Embarcó hace una semana para Europa. Va a pasar allá el año de luto riguroso.

—¿Vuelve después?

—Vuelve. Al cabo de un año.

El viento apagó el fósforo que Carlos encendiera. Le di mi cigarro encendido para que encendiera el suyo.

—Bien — concluí. — Quiere decir que de aquí a un año abandonas el cargo de inspector sanitario de Paula Mattos.

—¿Hein? — exclamó sin comprender.

—Además de la clientela, heredarás a la mujer del doctor Soeiro, que, naturalmente, es millonaria...

Carlos dió un salto en la silla de lona.

—¡Qué barbaridad! Una señora que me trata como a un hijo!

—Lo creo. Pero que te ama. A pesar de la enfermedad cerebral del doctor Soeiro, sus celos — ya que no era hombre de naturaleza celosa — debían basarse en una observación larga y profunda... Esa mujer te ama, Carlos.

—¡Absurdo! Además...

Hizo un silencio discreto. Y, suavemente:

—Es una enferma.

—¿No dices que es linda? Linda y millonaria...

—Pero enferma. Con un marido como el doctor Soeiro. ¡Pobrecita!

—No tiene importancia. Además, ya es tiempo que acabes con esa infantilidad de tu temor... ¡Es un ridículo liquidante! Principalmente en un especialista.

Carlos sonrió:

—Acaso tengas razón.

Y fuimos a beber un grog en el bar del vapor, a la salud del bello porvenir de mi querido

ESPIAS EN LA ROMA IMPERIAL

por J. Tuntar

ILUSTRACION DE PREMIANI

EL imperio romano fué desarrollándose paulatinamente en el seno de la República. La mayor parte de las instituciones que se creen obra de los emperadores, eran en realidad más antiguas que ellos; pero, tomándolas del pasado, tenían la necesidad de desnaturalizarlas. Ellas habían sido una garantía de libertad y los Césares las transformaron en un instrumento de opresión. Así ocurrió también con la función del espionaje, de la delación.

Delatores había también bajo la República, pero dentro de los límites que un país libre lo comporta. Julio César cayó víctima del Senado, porque el gran dictador sentía una invencible repugnancia particularmente hacia la delación de carácter político. Los romanos no tenían la institución que ahora se llama ministerio público o fiscal, ni magistrados especiales inamovibles para investigar y juzgar los delitos "en nombre del Estado". Esta función pertenecía a los pretores, elegidos cada año por la Asamblea popular ,pero siempre juzgaban a raíz de una acusación presentada por ciudadanos privados. El Estado como tal carecía del derecho de acusación, mientras que los ciudadanos hacían frecuente uso de él ,especialmente en los momentos de agitación política.

Catón el Viejo, fué así acusado cuarenta y cuatro veces y por su parte acusó muchas veces más; la última vez que se presentó en el Foro, tenía 90 años y lo hizo para acusar a Servio Galba por haber masacrado, a despecho de los tratados, a una tribu de la Lusitania (Portugal). A los abogados estaba rigurosamente prohibido recibir compensación alguna por su defensa; los acusadores al contrario recibían, si la querella resultaba fundada, la cuarta parte de los bienes del condenado. Esta disposición, aparentemente de muy peligrosas consecuencias y abusos, era un arma de dos filos, por cuanto el acusador de hoy podía volverse en acusado de mañana, viéndose por eso obligado a proceder con mucho escrúpulo y miedo antes de presentar la querella.

★

En honor de la República hay que decir que los casos de acusación con el fin de enriquecerse fueron muy raros, con excepción de la terrible época de las proscripciones de Mario y Sulla. El espionaje profesional y oficial empieza ya con el primer emperador, Augusto. Este moralista "à outrance" en sus años de vejez había tomado medidas severas contra aquellos que no querían casarse, porque como 1900 años más tarde Mussolini, también él entendía aumentar la natalidad artificialmente, es decir, con decretos, sobrecargo de impuestos y confiscaciones. Por su instigación, los delatores se introducían furtivamente en las familias para averiguar si todo estaba en regla y si los matrimonios, contraídos para someterse a la voluntad imperial, estaban consumados. Una inquisición doméstica, como escribe Tácito con profundo disgusto.

Pero era particularmente el delito político el que los delatores explotaban con mucho provecho material. La persecución de solteros empedernidos o de matrimonios voluntariamente estériles daba algunas ganancias pero mucho más el espionaje político, particularmente después que Augusto había conferido al Senado, compuesto casi exclusivamente de fieles adictos suyos, la facultad de juzgar los delitos de "lesa majestad".

La "ley de lesa majestad" databa también de los tiempos de la República. Ella castigaba con la muerte a los convictos "de haber ofendido la grandeza y dignidad del pueblo romano". Augusto no mudó el texto de la ley, limitándose a... interpretarla. "El pueblo romano soy yo", díjose a sí mismo, y por consiguiente cualquiera que atente contra "mi grandeza y dignidad" atenta contra la grandeza y dignidad del pueblo. Se perciben las consecuencias de esa interpretación o sustitución: ante el emperador vivo, o muerto, se impone una especie de adoración perpetua, la obediencia debe asumir el aspecto de un culto, la oposición es un sacrilegio, la simple murmuración un crimen. ¡Hubo gente delatada y condenada por haberse mudado de vestido ante una imagen del emperador!

Es evidente que la industria del espionaje tenía que ser en esa situación muy floreciente y provechosa, tanto más cuanto el premio superaba en mucho la cuarta parte de los bienes cuando se trataba de víctimas ilustres o acomodadas. Después de la condenación y muerte del noble republicano Trasea, los principales delatores recibieron, cada uno, 5 millones de sestercios (un millón de francos oro); Eprio Marcelo y Vibio Crispo ganaron, con esa linda profesión, 300 millones de sestercios (60 millones de francos oro). Huelga decir que por ese medio oprobioso se llegaba también a los más altos y mejor rentados cargos del Imperio.

★

A Augusto sucedió su hijastro Tiberio. Jamás un príncipe tuvo más cuidado de no comprometerse abiertamente como este astutísimo hijo de la astuta Livia. Obraba lo menos posible por sí mismo y no ejercía el poder sino ocultándose detrás de otros. La delación debía, pues, constituir el rodaje más importante de la máquina gubernativa, entregada de propósito a Sejano, prefecto del Palacio, uno de los verdugos más siniestros de la historia. Es verdad que bajo su reinado el mundo estuvo tranquilo y el imperio bien administrado y floreciente, pero, como observa Boissier, también en los cementerios hay orden, paz y flores. Tiberio no era un loco como Calígula, un imbécil como Claudio, ni un maníaco como Nerón; su razón permanecía firme en medio de los más grandes excesos, su corazón era el de un salvaje y su trato frío y sombrío.

Nadie escapaba al ojo vigilante de los delatores, dirigidos por Sejano: ni parientes, ni senadores, ni ricos, ni plebeyos. Cayeron así el valiente Germánico, vencedor de los Alemanes, sobrino de Tiberio; Agripina, esposa de aquél, otros miembros de la Casa imperial e innumerables ciudadanos por la sola sospecha de no ser incondicionalmente adictos a la persona del déspota. El Senado tenía que condenar bajo la constante amenaza de un degüello en masa de sus miembros. "Jamás, dice Tácito, hubo más consternación y alarma en Roma. Se temblaba ante los parientes más próximos y en la calle y plazas públicas no se osaba ni siquiera dirigirse la palabra. Cada oído era sospechoso; las mismas cosas mudas e inanimadas inspiraban estremecimiento". Esos temores eran demasiado justificados. ¿No se vió el caso de tres senadores espías penetrar en la casa de un anciano venerable, Sabino, ocultarse bajo el techo y escuchar por un agujero sus conversaciones, para referirlas a Tiberio?

Caído en desgracia el jefe de la banda, Sejano, Tiberio pensó librarse por un procedimiento rápido de sus más o menos presuntos opositores: viendo que las cárceles estaban abarrotadas de presos políticos, las vació de un golpe, ordenando el degüello en masa. "La tierra, escribe Tácito" estaba cubierta de cadáveres; todos los sexos, todas las edades, nobles, conocidos y desconocidos yacían esparcidos o amontonados. Los parientes, los amigos no podían acercarse a los cuerpos de las víctimas, bañarlos con sus lágrimas, ni mirarlos demasiado largamente. Legionarios, apostados en torno, espiaban el dolor y acompañaban los cadáveres, ya en putrefacción, durante su transporte al Tíber. Allá, flotando sobre las aguas del río o tirados a las orillas, los cuerpos quedaban abandonados sin que nadie se atreviera ni siquiera a tocarlos. La delación y el terror habían roto todos los vínculos de humanidad y cuanto más feroz se volvía la tiranía, tanto más tenía que defenderse contra la piedad".

★

Bajo los sucesores de Tiberio la delación sigue siendo un instrumento necesario y temido del despotismo, que no puede sostenerse, como dice Séneca, sino arrojando incesantemente carne humana a sus perros. Mas los procedimientos adquieren una cierta elegancia y, como lo exige el "progreso" de los tiempos, el arte de la delación va perfeccionándose a igual paso. Así se busca ahora a los delatores también entre los esclavos, haciéndoseles vislumbrar como recompensa su emancipación.

Contrariamente a lo que comúnmente se cree, los esclavos ocupaban en la familia antigua un lugar más importante que el de los criados de hoy. Los dueños no hacían nada sin ellos y no había secretos ,aunque íntimos, que los esclavos no conocieran. Volverse libres y ricos con el despojo del patrón: ¡qué dulce atracción! Las partes se habían invertido: antes temblaban los esclavos, ahora los dueños. Fué así cómo muchos hombres destacados de la sociedad romana pagaron su tributo de sangre al despotismo por las denuncias de sus esclavos. Plinio el Viejo, tenía que tomar bajo Nerón, todas las precauciones posibles, antes de ponerse a escribir, por el temor de ser delatado por alguno de sus siervos.

Crispo, denunciado por un esclavo de ser un ferviente admirador de los grandes hombres de la República, recibe la orden de presentarse ante Calígula, quien le pregunta si él, Crispo, era el amante de su propia hermana. Crispo se limitó a contestar: "Todavía no". Tanto una respuesta afirmativa como una negativa le habría acarreado la muerte, porque según Calígula el incesto debía ser un privilegio exclusivo de la familia imperial, mientras por otra parte, un ciudadano que negase mantener comercio carnal con sus hermanas, ofendía indirectamente la dignidad del César.

Calígula había hecho matar al hijo de un rico caballero romano, sólo porque estaba receloso de verlo demasiado elegante y morigerado. El infeliz padre lloró amargamente el triste fin de su hijo ;denunciado por ese "enorme delito" por un esclavo, es invitado a un almuerzo en palacio. Calígula lo acoge afectuosamente, le regala perfumes y le ciñe con coronas. El desgraciado acepta todo, como simulando una gran alegría y bebe a la salud del príncipe. Después de la comida es entregado al verdugo.

Nerón inventó un nuevo crimen: el de callarse. Cuando el monstruo hizo matar a su esposa Octavia y a su madre Agripina, los senadores se presentaron en Palacio para expresarle sus felicitaciones. Trasea, uno de los ciudadanos más célebres y queridos de Roma, se encerró en su casa, sumiéndose en un profundo y doloroso silencio ante atrocidades tan espantosas. Ese silencio fué denunciado al matricida y Trasea previno las consecuencias de la condena, quitándose la vida.



★

Bajo el reinado de Claudio el Imbécil, la delación servía particularmente para la alcoba o el lupanar de Mesalina, su esposa. Jefe de la banda de los delatores era Vitelio, a quien Mesalina había regalado una de sus zapatillas, que él guardaba entre la túnica y la toga, para besarla cuando se encontraba en presencia de la emperatriz. Entre las muchas víctimas de esa familia de "dudosa moralidad" — como se diría hoy — se cuenta Valerio Asiático, uno de los mejores generales de aquel tiempo. No padiendo la lasciva Mesalina conquistar el corazón de aquel probo ciudadano, decidió perderle, haciéndolo acusar, por medio de uno de los tantos delatores, de un delito completamente imaginario.

Valerio se defendió con tanto coraje y emoción, que Mesalina misma tuvo que alejarse para ocultar sus lágrimas, pero no sin antes susurrar al oído de Vitelio que no dejara escapar la presa. Este, cuando le tocó el turno de opinar y hablar, colmó a Valerio de muchos elogios y recordó sus servicios prestados al Estado, para concluír dejándole... la elección de la muerte. Claudio se decidió por la misma "clemencia". y el infortunado general, alabado y llorado por todo el mundo, se hizo abrir las venas por un esclavo.

★

Alguien preguntará: Y el pueblo, ¿qué hacía? ¿Cómo se explica que contra esos horrores, que fueron prolongándose por el espacio de casi cien años, no estallase siquiera la mínima reacción popular? La contestación no es muy difícil. ¿Qué importaba a las provincias y a los pueblos sometidos por la fuerza lo que ocurría en Roma? ¿Y qué interesaban a la plebe romana como conjunto los escándalos y las crueldades palaciegas, si las víctimas pertenecían en su gran mayoría a aquellas capas acomodadas, las que en el último siglo de la República habían aplastado con sangre todos los movimientos de emancipación social ,mientras que ahora los emperadores aseguraban, despojando provincias y pueblos, juegos en los circos y grano en abundancia? Sólo el ejército mercenario de los pretorianos podía librar a Roma de las bestias con semblante humano que la azotaban, y lo hizo varias veces, pero para entronizar bestias aún peores.

En esta espantosa y oscura situación los grandes sabios veían en la muerte voluntaria el único antídoto de la tiranía. Ya Sócrates había dicho: "Sin la libertad la vida no vale la pena de ser vivida". ¿Y quién puede leer sin emoción las consideraciones vertidas por Séneca, el maestro de Nerón, al que había en vano procurar guiar por la senda de las virtudes y el buen gobierno? "Hay gente, dejó escrito el ilustre hijo de España, que hace profesión de sabiduría y que os dice que no es permitido atentar contra la propia vida, que es un crimen matarse y que es necesario esperar la hora fijada por la naturaleza. Los que hablan así, no ven que nos quitan el único camino que nos queda para ser libres. La ley eterna no ha hecho nada mejor para el hombre que darle un único modo de entrar en la vida y muchos medios para salir de la misma. Dondequiera tú dirijas la mirada, encontrarás el fin de tus males. ¿Ves ese precipicio? Por él se desciende a la libertad. ¿Ves ese pozo, ese río, ese mar? En el fondo de sus aguas se esconde la libertad. ¿Ves ese árbol, pequeño, mal hecho, estéril? Allí está suspendida la libertad".

★

Toda la historia de aquellos tiempos puede servir de comentario a las palabras de Seneca. Y no fueron sólo los personajes célebres, como Séneca, Trasea y otros, los que dieron el ejemplo en sus postreras horas. Muchos otros, poco conocidos y menos expuestos a las miradas del mundo, mostraron la misma firme resolución.

Julio Cano jugaba al ajedrez cuando el verdugo fué, a raíz de una delación, a detenerle para conducirlo a la muerte. Cano contó tranquilamente sus piezas y, dirigiéndose al verdugo, le dijo: "Tengo un punto en mi favor". Y se mató. La mayor parte de los delatados no esperaban la condena. Al primer rumor de que un espía los había denunciado a la cancillería imperial o al Senado o de que el príncipe estaba descontento para con ellos, se declaraban enfermos y se abrían las venas. Así procedió también Petronio, el "árbitro de las elegancias", no sin antes enviar a Nerón una sátira terriblemente hiriente.

Empero hubo casos en que tampoco el suicidio sirvió para detener la mano del verdugo. Vibuleno Agripa, al ser denunciado en pleno Senado, tragó en seguida una porción de veneno que llevaba consigo; mas se declaró que esa determinación había llegado demasiado tarde, por lo cual, no obstante estar ya muerto, fué estrangulado para así tener el pretexto de confiscar sus bienes y compensar generosamente al delator

★

Con el advenimiento de Vespasiano el terreno empezó a temblar bajo los pies de los delatores. Los proscriptos volvían con el odio alimentado y concentrado en el destierro; las familias de los muertos, excitadas por el recuerdo piadoso de sus queridos y por la indigencia sufrida, reclamaban venganza y la restitución de los bienes. Los espías se ocultaban, huían de Roma o, si eran sorprendidos, se tornaban muy humildes y sumisos. El Senado mismo parecía recobrar su antiguo poder y autoridad, reclamando en reuniones tempestuosas el castigo severo de los culpables. Empero los delatores disponían, frente a los senadores y magistrados, de un argumento bastante fuerte: "Nosotros, decían, hemos acusado, pero vosotros habéis condenado". Y la cólera, estallada con tanto fragor, se acabó en poco tiempo, para dar lugar, bajo Domiciano, a un nuevo florecimiento de la más vergonzosa delación.

Fueron los emperadores Nerva, Trajano y los Antoninos los que extirparon la mala planta del espionaje profesional y lucrativo. Para satisfacer la opinión pública irritada, se ideó un suplicio nuevo: los delatores eran arrojados sobre botes sin pilotos: "¡Qué espectáculo! exclamaba Plinio el Joven. Una flota de delatores, abandonados a todos los caprichos de los vientos y forzados a tender las velas a las tempestades y a seguir las olas furiosas hacia los islotes, contra los cuales serán aplastados. ¡Qué placer ver salir del puerto todos esos botes con su carga destinada a un suplicio espantoso, pero bien merecido !Hay que agradecer al príncipe por haber confiado la venganza de la tierra a los dioses del mar".

Mas no hay que creer que la satisfacción dada, fuera completa. Los delatores castigados no eran los más conocidos ni los más culpables. Las medidas de punición se abatieron casi exclusivamente sobre los más humildes, los que no había ejercido su industria más que en las capas inferiores y medias de la sociedad o que no habían tenido aún tiempo de enriquecerse cuando la "noble" profesión fué suprimida. Los otros, los que se habían enriquecido enormemente y hasta habían ocupado cargos públicos elevados, conservaron casi todos sus fortunas y en algunos casos también su crédito.

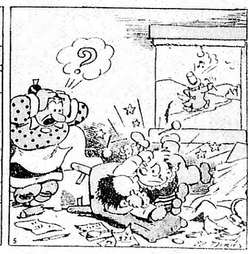
Un día, a la mesa de Nerva, a la que estaban sentados algunos amigos de este príncipe y entre ellos uno de mala reputación por sus relaciones con Nerón, se vino a hablar de un delator célebre, Mesalino, muerto algunos años después del matricida. Se narraban sus crímenes y las críticas arreciaban cada vez más. El honesto Nerva, en un hermoso acceso de indignación gritó de improviso: "¿Qué creéis que le ocurriría si estuviera vivo aún?". Uno de los convidados, que al parecer era un fino humorista, contestó en seguida: "Almorzaría con nosotros".

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, *por Dibble*





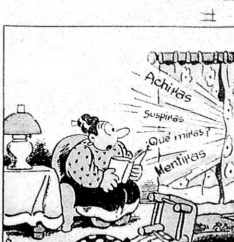




EL TRIUNFO DE LAS MUSAS







CASCADA ANTIPATICA







UNA PAGINA MAESTRA







Tiempos Bravos de Villa Crespo, por Nicolás Palma

ILUSTRACION DE RECHAIN

(Rasgos de un suburbio porteño hacia el 1900)

(Lagunas, entreveros y cinchadas)

POCAS veces los buceadores del Buenos Aires viejo, de aquel Buenos Aires que empieza a desflorarse en 1900, se han ocupado de esa barriada que todavía evoca con su solo nombre, cosas y hombres de ayer: Villa Crespo.

Allí, donde todavía está como atacado por crónico reuma el desvencijado edificio de Dell Acqua, que el endiablado Maldonado, hoy aprisionado en modernas tuberías, abrazaba con sus correntadas turbias, para alboroto y pena de sus bandadas de muchachas tejedoras; el terraplén y desvío del F. C. P.; las modernas canchas de Chacarita y Atlanta, donde hincha la muchachada del nuevo y burgués Villa Crespo; y el propio Parque de los Andes, hubo un inmenso campo donde existieron los hoy desaparecidos hornos, en cuyas hornallas se cocieron los millones y millones de ladrillos que sirvieron para destender, en abigarrados cuadriláteros de pequeños edificios, a la antigua ciudad, antes aprisionada en el clásico cuadrilátero de 25 de Mayo, Centro América, Juncal e Independencia.

¡Los viejos hornos de Estebarena, los alfalfares del "Vasco Colorado" y del "sempre in chuca", "gringo Sampieri", famoso viticultor de la "vineta"! ¡La Chacarita vieja, esperando ahí mismo, donde hoy está el umbrío y solariego Parque de los Andes, como si el espíritu de los que fueron, y cuyas osamentas han enriquecido su suelo, al penetrarse en las savias de sus árboles, le impidiera vivir la alegría de los parques.

Esta evocación no sería completa si en ella no tuviéramos un recuerdo para los temerarios y audaces "cachirleros", que con sus rígidos y silbadores alambres, bajaban con fantástica puntería de las cabezadas de los postes de las alambradas a los inocentes cachirlas, mistos, cabecitas negras..., los que, como era lógico, tenían en los alfalfares y quintas de los contornos su abundante sustento.

No era sólo un deporte el de los traviesos "cachirleros"; por el contrario más de un domingo su diligencia y puntería hizo posible en la mesa familiar, la presencia de la humeante cuanto sabrosa "polenta con pacarito".

El éxodo

Yo, que he nacido en la bravísima y consagrada como histórica esquina de Uruguay y Tucumán y que fuí con mis padres espectador de los hechos del 90, conservo un recuerdo nítido, a pesar de que sólo contaba siete años, de las escenas vividas en el viaje penoso que con mis padres significó la mudanza que emprendimos una mañana desde la vieja casa nativa hasta el corazón del pavoroso Villa Crespo de aquellos tiempos: Jufré y Acevedo.

Una vez cargados los dos carros con los muebles y enseres familiares y montado como baqueano y guía mi padre, en uno de ellos, yo y mi buena madrecita, la que según me refería años después, recordando esa hazaña, de la mudanza, adquirió, apenas salimos de la zona central, la impresión de "que nos íbamos del mundo".

A la rastra de mi madre, mientras que atraído por los mil y uno novedosos espectáculos, yo forcejeaba por libertarme, hicimos castigándonos los pies contra el viejo y ya desaparecido adoquinado de punta, una caminata que duró tres largas horas.

Mis impresiones más fuertes las tuve en cuanto dejando la calle Córdoba en Gazcón, entramos por el andurrial de la hoy calle Rivera, entonces llamada Segunda Córdoba. A ambos lados de esa ancha calle, mis ojos encandilados devoraban las subyugantes escenas de las incontables lagunas donde los chicos, sin importárseles las consecuencias, andaban sin desvestirse en el agua.

En cambio mi buena madre, horrorizada por lo que veía, temía que el corazón se le fuera por la boca.

Pero la sorpresa que había de arrancar un grito de espanto a mi madre y de júbilo a mí, fué la que nos reservaba nuestra llegada a la esquina donde se alzaba nuestra pequeña casita: Jufré y Acevedo.

Había allí como un anticipado regalo para mi aventurera e insaciable alma de pilluelo, toda una soberbia laguna de "endeveras".

Otra escena soberbia de nuestra mudanza, fué el encuentro entre mi madre y mi buen padre. Apenas se encontraron, mi madre recurrió a las más duras y expresivas palabras de su dialecto para protestar contra la temeraria locura de haber buscado "ese infierno para vivir". Mi padre, con su clásica sonrisa que no abandonó ni minutos antes de su muerte, por toda respuesta cargó su pipa de barro y diligente siguió acondicionando los modestos enseres que eran todo nuestro mobiliario.

Y esa noche que mi madre más que bajo la impresión de lo que había visto, por lo que presentía, se la pasó en vela, aumentado su tormento por el desesperante "croar" de las ranas, las que angurrientas de agua, pedían más. En cambio yo me debí dormir con la mejor sonrisa del mundo, regalándome por anticipado correrías a todo tren por los pozos y lagunas.

A los pocos días nomás, empezó para mi afligida madre la "vía crucis" que no otra cosa significaban para ella mis escapadas, sobre todo cuando en los para mí divinos días de lluvia, llegaban hasta mi madre los recuerdos de más de un travieso muchacho, al que un traicionero pozo le hizo pagar con la vida su infantil audacia.

El Titere

En ese mismo barrio viejo, el mismo que he evocado, ante las lagunas más famosas que he visitado en mis correrías por el país, vivió el más famoso de los tiradores de daga, cuya historia entera o parcial escribiré algún día.

No necesito decir que en nuestros espíritus de contumaces apedreadores de los últimos morriones de los "chafes" y desvalijadores de los raquíticos y escasos faroles de kerosene, el tener en nuestro barrio a tan alto punto del naipe de "faca" era un timbre de orgullo que nos alentaba en las porfiadas guerrillas, que, como a éstas, eran uno de los inocentes pasatiempos de las barriadas de "rompe y raja".

Ir a la escuela en aquel entonces, no era cosa de disponerlo solamente: había que poderlo, conquistarlo. En lo que a mí respecta, me incorporé a una numerosa caravana, la que, saltando zanjas, haciendo equilibrios en las peligrosas pasarelas y después de cruzar huecos enormes, debía recorrer casi una legua, llenos de piedras los bolsillos y la modesta bolsa de útiles, que hacía de cartera, y a pedrada limpia, con sus desagradables consecuencias, conquistaba el derecho a hollar las barriadas enemigas.

En aquel entonces, en las que hoy son las calles Loyola, Acevedo, Velazco, Cánning, que se llamó primitivamente Ministro Inglés, existió un inmenso potrero, en cuyo centro un rancho ocupado por un domador de animales de tiro, creo que de apelativo el "Paisano Domingo", recordaba con algunos pozos ya secos, que allí había habido un horno de ladrillos. Ese era el sitio donde todos los domingos se celebraban las famosas cinchadas, deporte que tuvo en Villa Crespo sus mejores escenarios y más devotos cultores.

Las cinchadas

Salvo que lloviese muy seriamente, todos los domingos, apenas se hacía el día, caían hasta el potrero del horno una interminable caravana de carros cortos atalajados de fiesta con relucientes guarniciones "bordeadas de bronce como oro", y, sobre éstos, vestidos de elegancia dominguera, los areneros y horneros. Otros lo hacían en livianos sulkys, con briosos trotadores al tiro, y no pocos jinetes en sus pingos, sofrenaban un galope...

A medida que llegaban los concurrentes por todas partes se improvisaban fogones, tomando el potrero el aspecto de un verdadero campamento, en el que para que nada faltara, a poco también aparecían las viejas criollas y los chinitos para ofrecer sus pasteles y golosinas.

Mientras se formalizaba el programa, algunas tabas servían para matar el tiempo. Un número obligado era el de la "polecía"; cuando se venía encima el medio día, llegaba de un galope tendido el terceto infaltable: el viejo oficial de verdosa galerita luciendo en su solapa no muy limpia la clásica medalla de oficial; el sargento de perita y el agente, especie de paria con respetables bigotes sahumados de caña. Pero a las pocas horas de hacer su pomposa aparición, el terceto policial, por la influencia del medio, ya no era un obstáculo ni un peligro para nadie.

Como es de imaginarse, en esas reuniones, so pretextos del momento, no pocas veces los cuchillos ventilaban viejas querellas.

Pero por una especie de tradición siempre respetada, esos entreveros tenían lugar como último número del programa.

Los malos caminos que separaban a los hornos de las huellas, que no otra cosa eran sus calles de aquellas épocas, obligaba a que cada horno, así como las playas de nuestro río, en el bajo Belgrano, en Palermo, la Recoleta, la Batería, tuviera en forma permanente un cuerpo de cuarteadores, quienes tenían como tarea ayudar a los carros a salvar los trechos más difíciles.

Esto explica que el máximo orgullo de un carrero de entonces era el poder prescindir de la cuarta; pero para que eso fuera posible, había que contar con un "varero" o un "cadenero" de fuerzas extraordinarias.

Cuando esto sucedía, los componentes de la tropa que contaba con el guapo, tenía con sus hazañas tema para aceptar y mandar muchas vueltas en los boliches y fondines de descanso.

La rivalidad de dos pingos extraordinarios tenía la virtud de dividir a los propios integrantes de una tropa, como los unía cuando la rivalidad, por ejemplo, era entre un animal de Villa Crespo y otro del Retiro o Palermo.

Más de una modesta cruz que se despintó olvidada en la Chacarita vieja, tuvo su origen en defender con demasiado calor y entusiasmo la guapeza de "El Gateao", frente a "El Tobiano".

De ahí que la cinchada fuera por antonomasia el deporte en que se rendía culto a la fuerza, siendo así, lógico resultaba que sus cultores recurrieran también a la fuerza para epilogar más elocuentemente una porfiada discusión. Y en esa adhesión sin reservas al favorito, no sólo se vaciaban los bolsillos; a veces en un gesto magnífico como brutal, en un arranque instintivo, los hombres se jugaban la vida en una última y definitiva apuesta.

Yo cierro los ojos y reintegrándome a mi crisálida de adolescente, mientras aprieto con fuerzas a mi hermano Pancho entre los cansados brazos, me parece que vuelvo a asistir a los preparativos de una inolvidable cinchada.

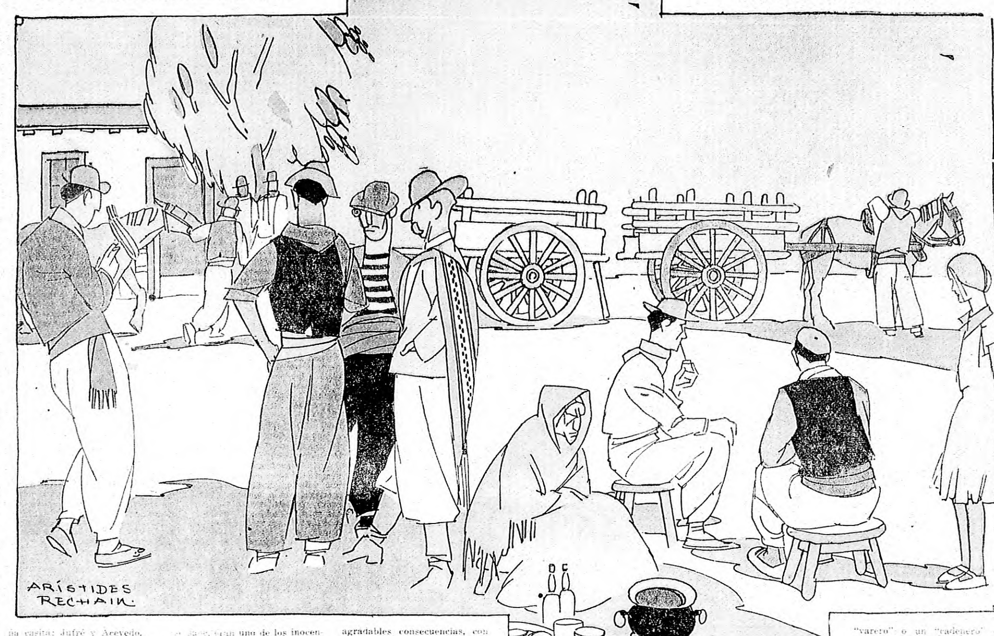
Y entonces veo como empinados en las débiles punteras de sus alpargatas floreadas, mientras la mano derecha se pierde en la retinta faja, los carreros porteños del 900 siguen con lujuria, sin perder detalle, los preparativos del próximo espectáculo, destrozando nerviosos en sus labios resecos el clásico "Rivadavia" o el "Hijo del Toro".

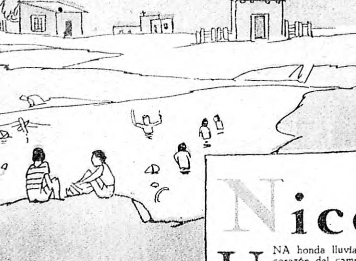
Una vez que los dos "taitas" que habían de medir sus fuerzas llegaban hasta el sitio en que debían ser atados a los dos carros cortos, los que, previo a la prueba, eran ligados por la culata, el juez en persona vigilaba la operación.

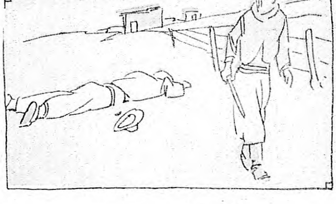
Lista esta tarea, cada uno de los dueños, luego de acariciar a su pingo, tomaba a éste de la rienda y viviendo la angustiosa espera de la voz de "¡áura!", palabra con que se iniciaba la cinchada, previa la preventiva de "Estén listos" y las tres palmadas de rigor.

Este era el momento culminante de las apuestas, pero la verdadera emoción no era al cruzarse las últimas; la emoción divinamente salvaje era cuando iniciada la lucha, las interjecciones y los gestos desesperados de los asistentes daban la impresión de que esos hombres hubieran deseado integrarse en el cuerpo cuerpo de los nobles animales para evitar que lo vencieran, o ayudarlo a vencer.

Esto explica demasiado elocuentemente que después de una cinchada, los que habían asistido a ella terminaran de "cama"; tal era la pasión que en la lucha de los brutos ponían los hombres.







Nicolás Esteche, el Maldito

UNA honda lluvia había caído en el corazón del campo como una fresca platería. Mi caballo salió del bosque de pinos por encontrar el camino. Ibamos dorados de resinas y de eucaliptus. Por entre las viñas primero, y después por la suave senda de una cuchilla galopábamos hasta Playa Verde. ¡Las ánimas! ¡Betete! ¡El Tigre, y en primer término el Pan de Azúcar!...

La cadena morada de las sierras parecía que respiraba en el vapor azuloso de aquella atmosfera de espejos. La tierra se sentía tibia, carnosa y abierta. Reventaban los hondos hormigueros y las hormigas de alas transparentes nos velaban los ojos... Ya se veía la serpentina azul y blanca de la playa... Y una proa de luz en la tarde tras de la cual marchaba alerta mi caballo.

De entre los hormigueros vimos salir también somnolientas y enloquecidas arañas. El campo se abría, los senos bañados de agua y la luz se animaba en los seres vivos de la tierra profunda.

Nicolás Esteche salió también esa tarde del rancho como cueva. Salía en el momento en que llegábamos a la portera, y pude al fin verle la cara al hombre cuyas historias corren por Solís de Mataojos y Maldonado desde hace más de treinta años.

No se sabe desde cuándo vivía en aquel sanjon que llamaban la "zanja de Esteche", donde peludeaban los coches y las carretas en el invierno. Al borde del camino, en esa tierra que no es de nadie, ahí estaba el rancho de piedra y paja de Esteche y no hubo poder judicial capaz de sacarlo, porque el viejo decía que tenía "prescripción" y que "naides" lo podía mover.

Lo que más intrigaba al vecindario eran sus misteriosos medios de vida, pues que a ratos hacía de guardia civil y otros ratos no hacía nada. Pero se sabía muy bien que sus mantenimientos los lograba de los corrales y de los potreros de las vecindades... Y hasta tenía una maña para que las gallinas no gritaran.

Pero nada ofendía tanto la moral de aquellos lugares como la organización de la familia Esteche. En el pueblo se había constatado que el viejo Nicolás era el padre de sus propios nietos. Y el incesto repetido, tuvo el mismo castigo tremendo que en la Biblia. La peste que llegó con la viruela mortal diezmó a toda aquella familia en promiscuidad y sólo el viejo fué el único sobreviviente en el drama de Dios y el hombre.

El polvo había de continuar la historia. El polvo en donde se escondieron los huesos de sus hijas y de los hijos de él con sus hijas, era el polvo del piso del rancho, de la tierra que pisó setenta años el viejo.

Aquella tarde yo tuve valor para bajarme del caballo y asomarme adentro del rancho. Quería ver como Santo Tomás. Y vi: en un cajón hecho pedazos, entre las tablas saltadas, asomar tres calaveras blancas que miraban el techo.

Antes de preguntar oí salir la respuesta de adentro de las barbas del viejo.

—Aquí están las "sepolturas", por pobre no pude enterrarlos en el campo santo del pueblo. Aquí quedaron y yo con ellos.

Ya ni la luz quedaba de la tarde.

Un revuelo de caranchos.

Un galope largo por la costa.

Un galope que rompía el crepúsculo del cielo y de mi pecho. ¡Piriápolis! Y la costa aguda me puso un toque de frescura en la frente.

POR

BLANCA LUZ BRUM

Ilustración de Sorazábal

Un camamero de a bordo

Era un camarero filipino en un barco de carga y pasajeros que recorría América del Sur saliendo de San Francisco.

Manila está distante... Al otro lado del mar...

Su casa humilde está precisamente en Loug sobre la costa y en la frontera con Hong Kong. Las cartas de su madre y de su novia le hablan de los resplandores que vienen del lado de China en las noches ametrañadas y ardorosas de los revolucionarios...

Sin embargo todo está tan lejano... Entre el ruido de los cubiertos y los hipos del capitán pasan las horas de aburrimiento mortal. Además hay tantos cuartos de baño que limpiar y tantos bronces que lustrar para la hora despótica en que el capitán pasa revista.

La llegada a los puertos no siempre es ventajosa: precipitación y más descuido por parte de los pasajeros. Algunos bajan y vuelven, otros bajan y se van... La amiguita rubia de California le ha escrito a varios puertos, es la misma que trae pintada en el tatuaje de su brazo derecho. ¿Y la de Manila? Esa es más lánguida y lejana y está cubierta de flores adentro de su corazón.

Muchacho extraño, amarillo y enjuto, con los ojos asiáticos metidos adentro de dos aberturas. Habla un mal español que nunca habla y un inglés regular en tres o cuatro palabras. Callado siempre y sin mirar. A solas con sus compañeros se le puede oír a veces cómo rápidamente estira y envuelve su nativo malayo, con una agilidad y bravura de lazo. Si alguien extraño se presenta a bordo, se hunde la conversación y el sudor de las caras amarillas corre a perderse en los delantales blancos.

Ha pasado un vapor y todos corren a mirar. Son las escasas novedades de un viaje por el mar. Y él también con sus compañeros, tropezando con el delantal se ha acercado a mirar. ¿Qué mira? ¿Qué ven sus ojos en ese barco casi borrado en el horizonte frente a esas dos chimeneas tristes? El mira... mira... Y otra vez regresa a secar los platos y a tender los manteles blancos del comedor.

Regresábamos de Pernambuco una noche roja de calor y de estrellas. Mientras llegaban con sobresalto los últimos marineros retardados, algunos cayéndose de borrachos atropellaban a la guardia. El silbato del barco llamó dos veces a la tripulación que tristes mujeres detenían en tierra y luego movió el ancla con el cadenaje ruidoso.

—¡Un camarero se ha quedado en tierra!, dijo el piloto.

—¡No podemos esperar más!, gritó el terrible capitán, y la nave entró en la noche del trópico.

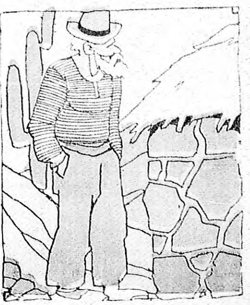
Supe en seguida que el abandonado en Pernambuco era el gentil muchacho filipino y me quedé atenta y angustiada vigilando las figuras que llegaban al puerto. Y ya marchábamos cuando divisé claramente la figura vestida de blanco del camarero filipino. Corría y gritaba y sus brazos se agitaban expresivos y desesperados.

No me contuve y trepé de un salto hasta la cabina del capitán:

—Capitán, detenga la marcha, el camarero nos llama desde el puerto, no debemos dejarlo!

El capitán era un danés brutal que dirigía las maniobras con truenos y blasfemias, con puñetazos y patadas. Era cornudo y borracho. No me hizo caso, yo tuve miedo y odio. Lo odié tanto que hubiera sublevado el barco para ahorcarlo.

Aquella noche encerrada en mi camarote lloré por aquel muchacho filipino, reservado y triste, que los brazos de una mujer y un vaso de vino retuvieron demasiado tiempo en la tierra.



Museo de la Confusión

POR Anímula Vágula

El jueves 26 de octubre, en un diario serio de la mañana, que guarda cierto parentesco cercano con Mitrídates, comentando el estreno de Bodas de Sangre, por la compañía que capitanea Lola Membrives, encontré esto:

La reaparición de la compañía de Lola Membrives, anoche en el escenario del Avenida, con "Bodas de sangre", adquirió significativos caracteres y simpático relieve, por la presencia en Buenos Aires del autor de la obrá bella y fuerte, que por primera vez asistía a una interpretación de su pieza en Buenos Aires.

Me resigno a los significativos caracteres, pero no transijo con el relieve. Tuve oportunidad de conocer al señor García Lorca y su relieve no supo inspirarme mayores entusiasmos. Apenas sobresalía un par de anteojos ahumados que no llegaba a aumentar su metro cincuenta de estatura sobre el nivel de la alfombra. En cuanto a la interpretación de su pieza en Buenos Aires, ya le darán noticia a fin de mes en el hotel España o en la pensión donde se aloja. Leo en la crónica:

El autor dirigió al público de Buenos Aires las siguientes palabras:

"El dirigir la palabra esta noche al público no tiene más objeto que dar las gracias bajo el arco de la escena por el calor y la cordialidad y la simpatía con que me ha recibido este hermoso país, que abre sus praderas y sus ríos a todas las razas de la tierra.

García Lorca se muestra aquí galante en demasía, porque eso de agradecer que apenas desembarcado le hayan sugerido las praderas y entreabierto el océano, sólo estaría explicado por un no, sólo sería explicado por un exceso de cortesía o de mareo pluvial. De acuerdo al proceder del inmigrante, si mañana o pasado concurriésemos a una casa de familia y de entrada nos entornaran el lavatorio, nos abrieran la bañadera y prometiesen un veraneo en las malezas del fondo de la mansión tendríamos que retribuir con un dinner dansant o un souper bailongo. El republicano continúa:

"A los rusos con sus estrellas de nieve, a los gallegos que llegan sonando ese cuerno de blando metal que es su idioma, a los franceses en su ansia de hogar limpio, al italiano con su acordeón lleno de cintas, al japonés con su tristeza definitiva.

A los rusos no les convendría que con sus estrellas de nieve los sumergieran en el río de la Plata, pues correrían peligro de derretirse las estrellas y quedar imposibilitadas de alumbrar la noche triste de los náufragos. Sobre los instrumentos blandos que hacen sonar los gallegos cuando desembarcan, más que el cuerno del idioma he podido observar esos otros implementos que toman los nombres domésticos de plumero y servilletas. Lo que no puedo perdonarle a García Lorca es el desprecio demostrado hacia el italiano y la ignorancia de los censos y estadísticas. Nosotros, aunque lo dude el poeta, poseemos más de un italiano y de un japonés. Que lo digan Ortelli y tintorería Tokio, Ossobuco y Kanazawa. El turista sigue en franco tren de agradecimientos cuando dice:

Pero a pesar de esto, cuando subía por las ondas rojizas y ásperas como la melena de un león que tiene el río de la Plata, no soñaba esperar, por no merecer, esta paloma blanca temblorosa de confianza que la enorme ciudad me ha puesto en las manos; y más que el aplauso agradece el poeta la sonrisa de viejo amigo que me ofrece el aire luminoso de la Avenida de Mayo.

No sé a qué paloma blanca se referirá el importado, pero en cualquier forma no dudo que lo debe haber llenado de extrañeza ese presente ovíparo de la urbe porteña. Claro que la sorpresa pudo haber sido mayor si en lugar de una paloma el municipio hubiese acordado depositar en las manos del poeta, un avestruz patagónico, un papagayo multicolor, un diminuto picaflor o un ave fénix. Es indiscutible que García Lorca merece esto y mucho más. En lo que vuelve a no estar bien el dramaturgo es cuando expresa que más que el aplauso agradece la sonrisa de la Avenida de Mayo. Con este sistema de la retribución, las personas se pasarían la vida agasajando las emanaciones de Tronador al dos mil, el céfiro de Cucha-Cucha, sonriendo a las Cinco Esquinas y palmeando el delicado éter de Villa Luro en lugar de contestar la postal de la marquesa, ofrecer el domicilio al abad mitrado, dar un pic-nic en honor del archiduque o acceder a los ruegos de la pitonisa. Sin embargo el gitano amateur tiene otros métodos para corresponder atenciones. Veamos:

"En los comienzos de mi vida de autor dramático yo considero como fuerte espaldarazo esta ayuda atenta de Buenos Aires que correspondo buscando su perfil más agudo entre sus barcos, sus bandoneones, sus finos caballos tendidos al viento, la música dormida de su castellano suave y los hogares lindos del pueblo, donde el tango abre en el crepúsculo sus mejores abanicos de lágrimas.

Cualquiera le hace una gauchada y le da un espaldarazo al autor de "Bodas de Sangre" para que después le salga pagando con la observación de aristas, el descubrimiento de perfiles, la búsqueda de cantos y de filos y la apertura de abanicos acuáticos.

García Lorca termina sus palabras con la siguiente rememoración al recurrido nicaragüeño:

"Rubén Darío, el gran poeta de América, cantó con voz inolvidable la gloria de la Argentina, poniendo vítores azules y blancos en las pirámides que forman las zumbadora rosa de sus vientos. Para agradecer vuestra cortesía, yo pongo mi voz pequeña como un junco del Genil al lado de ese negro tronco de higuera que es la voz suya. Salud a todos".

Las cosas que le atribuyen a Darío después de muerto. No creo que Rubén haya hecho alarde de vítores bicolores ni en las pirámides zumbadoras y botánicas ni en la otra, la más real y callada: la de Mayo.

Para agradecer la palabra del poeta no nos queda más remedio que llenar nuestra copa con un delicado junco del Geniol, única forma de calmar la abombada consistencia de tronco de Liquen adquirida por nuestra cabeza. Salud a todos.

★ Bibliografía ★

González Carbalho. Cantados (Versos). Edic. "La Facultad".

GONZALEZ Carbalho es un poeta absolutamente lírico. Está bien para sus versos ese nombre de "Cantados". Y está bien en ellos el lenguaje puro, la persistente parsimonia del tono y una como vaguedad contemplativa que trasciende su inspiración.

Está irresoluto frente al mundo, González Carbalho. Nos asombra su brusca exclamación en la página 97: "El hombre libre sea como el grito—en la limitación de dos silencios", porque si alguien se ha negado a ser grito (vale decir, definida angustia o dolor, o injuria), éste es precisamente el autor de "Cantados". Se ha dado íntegramente a una cortés moderación que no encuentra empuje de sangre ni aun cuando trata de algo que siempre convoca la sangre, como es la pasión. Hablo de la pasión humana, pues su libro también se ocupa de la divina, de la que forma la base y cima de la más alta mística, con un tono pueril de romance ("Cantarcillos para los pies de Cristo", "Romance de la Virgen y el Niño", etc..

De sus versos, que yo llamaría más que de pasión, de ternura, el mejor es "Cantando en tu alabanza", y dentro de éste las divisiones que llevan los números 2 y 3. El tono ensoñado del número 2 es sencillamente magnífico. Desafiante en su tenuidad, en su alada ligereza, nos alcanza de un modo pleno con el encanto más perceptible que explicable de una ala contra el claro cielo.

Son de meritoria sencillez, de esa sencillez que en manos de un auténtico poeta pierde toda banalidad para tornarse gravemente expresiva, los poemas "Comprobaciones", "Cantando para un barrio del Sur" y "Ana María Benito". El primero nos advierte una intensa pero concentrada congoja: el dolor filial, aquilatado por el tiempo, decorosamente reservado a la zona angélica de los recuerdos puros. El segundo alcanza su nota más alta cuando logra colocar, al final, la gravitada presencia de un muerto querido en esta realmente extraordinaria estrofa: "Mi padre amó estas calles.—El era tierno y áspero.—Vivió bajo su cielo—sombrío, aquerenciado.—Caminó sus veredas.—Desde allí lo llevaron.—Hoy enaltezco el verso—diciéndolo de paso".

"Cantando para un barrio del Sur" se desprende felizmente de toda esa tonalidad española que perjudica de un modo evidente el libro de González Carbalho, desde la página 37 a la 56. Nos queda por señalar esa recatada oración que lleva el nombre de "Ana María Benito". Pausada pena, elogía profunda hecha con palabras precisas y piadosas, tales como convienen a la muerte de una muchacha, a la condición imprecisa y extraña y acongojante que cobra en el recuerdo una pobre muchacha muerta.

"Cantados" no es, desgraciadamente, un libro homogéneo. Estrofas intolerables, como esta que figura en la página 27: "Oh mano que sostiene mis canciones—este camino es dulce, no me dejes volver.—Para estar sin su nombre mala es mi desnudez", no es frecuente encontrar, sino más bien poemas que, a pesar de su tono ciertamente digno, se resienten de una debilidad que ya linda en lo fantasmal. Los sonetos muy bien facturados, son, asimismo, prescindibles. — U. P. de M.



Ratones Cantores

por ARTURO THOMSON

Ilustró Gálda.

HACE muchos años, acostumbrábamos a vivir parte del año en uno de los chalets de una villa, ahora famosa, y una de nuestras diversiones favoritas la constituía un ratón cantor. En la quietud de la noche, cuando el cuarto estaba agradablemente templado, acostumbraba a empezar su pequeño canto en su escondite, que debía quedar cerca del fuego. Algunas veces duraba diez minutos o más, después hacía un descanso de unos minutos y volvía a empezar otra vez.

Nunca estábamos seguros de si cantaría para invitar a amigos a oirlo. No es fácil definir la música, pero de ese ratón salían una sucesión de distintas notas de indudable cadencia, más suave aún que un trino.

Un amigo nuestro, un día estando de visita, nos dijo, después de que éste hubo parado de cantar:

—No sabía que ustedes tenían un canario.

Los ratones cantores no son muy comunes, y han sido objeto de muchos ensayos semicientíficos y de muchas discusiones, no siempre armoniosas. Porque el fenómeno de estos ratones es un asunto sobre el cual hay muchas opiniones y pocas pruebas.

Para mí no había dudas sobre ello, y el agradable canto, que variaba de valor y entonación. No hay duda que algunos ratones se hacen una costumbre de ello y continúan cantando por mucho tiempo. Pueden empezar a cualquier hora del día o de la noche. Su emisión se ha comprobado en ratones completamente despiertos, que levantan el hocico al hacerlo, así que no es, como dicen algunos, una especie de ronquido.

Cantan los de ambos sexos, pero en un pequeño porcentaje entre la vasta colonia. No hay el menor indicio para considerar los ratones cantores como una clase especial, y los entusiastas que consideran estos ratones como únicos cantores entre los roedores, están equivocados, pues se encuentran entre las ratas del campo y otros mamíferos de su especie.

Tampoco debemos rechazar la idea de que estos ratones imiten a los pájaros enjaulados que hay en las casas, porque también cantan en donde no tienen ese ejemplo para imitar.

No es una actividad social, pues los ratones solitarios también cantan, aunque hay casos auténticos en que éstos se han reunido para cantar con la peculiaridad de que no lo hacen todos al mismo tiempo. El efecto del coro es muy gracioso. Hay una vieja historia según la cual los habitantes de la China Central guardan ratones cantores en las jaulas, en vez de canarios, pero es difícil dar como cierta esa versión, pues es mucho lo que se fantasea sobre hombre y animales de ese remoto país.

Aquí escribo algo de lo observado: el canto consiste en una sucesión de sonidos agradables, muy diferente del grito de los ratones. Se puede sentir al otro extremo del cuarto. Puede continuar por un cuarto de hora; lo emite tanto al hacer la inspiración como la expiración; puede haber ocho sonidos distintos en un segundo; puede sentirse cuando el ratón se alimenta, cuando se limpia, cuando corre o descansa o cuando no es molestado.

Uno de los primeros observadores describe la posición de uno de estos ratones, que él descubrió circunstancialmente. Abrió de golpe un aparador donde solía cantar uno de ellos, y vió, por un minuto, los movimientos de la garganta del cantor. El hocico lo levanta igual que un perro cuando aulla, y el canto era como el de un reyezuelo.

El hace la aclaración de que en la casa no había pájaros. A pesar de que el ratón permaneció callado mientras estaba en la mano de su observador, prosiguió el canto en cuanto recobró la libertad.

Otra persona que tenía un ratón a quien no le importaba cantar a la luz del día, habla de la elevación del hocico y el mover de la garganta, igual que lo hace un pájaro al cantar. Este ratón tuvo numerosa prole, sin que ninguno de ellos heredara el poder de su padre.

También he leído que una persona que visitaba en invierno Mentone era favorecida todas las noches por la visita de uno de estos animalitos. Acostumbraba a cantar horas enteras, sentado en una esquina de la mesa o en una caja de madera, cerca del fuego. "El canto no tenía tantos trinos como los de un canario, pero era muy armonioso y agradable; tenía más variedades y llegaba a ser de una suavidad asombrosa".

Algunas veces emiten una especie de doble canto, algo así como un acompañamiento.

El doctor George Romano tuvo guardados ratones cantores de cuatro a ocho semanas.

Notó que el canto tenía lugar en dos circunstancias: cuando estaban alarmados lo hacían con más fuerza, igual que en sus momentos de alegría.

Refiere también un caso interesante de una casa de Londres que, de golpe, se convirtió en el hogar de numerosos ratones cantores; no se sabe si fué una invasión o una transmisión hereditaria.

En varias ocasiones a estos ratones les ha sido practicada la autopsia, y se ha comprobado que el sistema respiratorio estaba inflamado. No creemos que haya un Bacilus Lyricus, porque las variaciones patológicas no son muy comunes entre los animales, pero creemos que estas observaciones señalan alguna anormalidad al jadear, lo cual resta regularidad a los movimientos respiratorios. Romano tenía la fuerte convicción de que muchos nuevos rumbos se debían a la patología, y puede ser que los ratones cantores sean un caso digno de señalarse. Pero, desde que ello no constituye una seria anormalidad, puede significar la iniciación del canto entre los animales.

La Caida

por Ellen Bishop

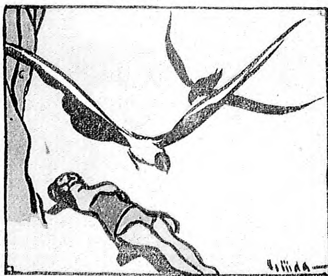
Ilustración de Gálda

YO, de cinco años de edad, pequeña, rubia, con ojos de nomeolvides, y Wita, de siete, morena, volvían a su casa. El sol quemaba. Los delantales de las dos niñas se pegaban, húmedos, a sus grácìles cuerpos. Sus cansados pasos levantaban nubes de polvo que se introducía en sus ojos y en sus narices. La sombra de los árboles ofrecía un poco de frescura. Eligieron el más corpulento y se detuvieron debajo de él, hundiendo sus pies chamuscados por la arena del camino soleado en la fresca arena que estaba a la sombra.

Su madre las había enviado a un almacén que distaba una milla de la aldea. ¡Al día siguiente vendría gente al lugar! ¡Qué nerviosa se ponía la madre cuando venía gente! ¡Y cómo la obedecían las dos hijas! Toda la mañana estuvieron haciendo mandados. Al mediodía, la señora, notando que le faltaba azúcar para sus pasteles, llamó a Wita, dándole el dinero necesario, recomendándole que no lo perdiera, y mandó a Yo con ella. Se detuvo en el umbral, su descarnada figura recortándose dentro del marco, vigilando a las dos criaturas y recomendándoles que tuvieran cuidado con el precipicio que quedaba al borde del camino. Si se acercaban demasiado...

Ahora volvían a casa. Fué Wita quien dejó caer el azúcar. Al pasar cerca de la maleza, una rama hizo un agujero profundo en la bolsa de papel y se la arrebató de los brazos. Al caer, se aplastó contra la arena y por su rotura se escapó una buena porción de azúcar. Levantó la bolsa y volvió a perder más azúcar, formando, en la arena, vetas blancas que le daban aspecto de mármol.

Las dos se asustaron. Colocaron la bolsa de manera que no volviera a perder azúcar y echaron en su interior la que quedaba en el suelo, mezclada con arena. Entre las dos llevaron la bolsa hasta la sombra y se sentaron. El azúcar volvió a escaparse. Observaban, fascinadas, la pequeña montañita que iba formando y Yo, encantada del efecto que producía sobre la arena, levantó la bolsa y gritando ¡Mira Wita! dejó que una corriente de azúcar fluyera del orificio.



Wita estaba horrorizada. Le quitó la bolsa y una vez más trató de llenarla, levantando el azúcar del suelo; pero Yo, con grititos de alegría, le sacó la bolsa de las manos, saltando sobre ella, hasta que el azúcar se escapó por todas las junturas. Wita olvidó momentáneamente sus temores y tomó parte en el juego, ayudándole a derramar sobre la arena el resto del azúcar.

Después se miraron, sin hablar, atemorizadas por lo que habían hecho. Hacía tanto calor, hasta en la sombra de los árboles, que se recostaron como cachorritos cansados, empujando lentamente con los pies el montón de azúcar. Un poco más lejos, los escarpados peñascos que rodeaban al precipicio se destacaban netos, contra el azul del cielo. De vez en cuando, algunos cuervos revoloteaban alrededor de la cima, desapareciendo después de la vista. Las dos hermanas se observaban perezosamente. Poco a poco, Yo se incorporó y comenzó a construir un corral para vacas, igual a uno que su padre había hecho en su casa. Mezcló bien la arena con el azúcar. La hermana la observaba con tolerante interés. De pronto le dió un empellón y ocupó su lugar. Ella construiría el corral. Iba a ser el más grande del mundo. Tendría dos rejas: una en el frente y otra en el fondo. Las vacas que dieran toda su leche podrían salir por la reja del frente y comer toda la hierba que quisieran. Las que no dieran nada tendrían que salir por la del fondo y allí no habría más que rocas para comer. Ordenó a Yo que le alcanzara ramas secas para hacer las rejas. Yo iba y venía por el sendero, volviendo sin aliento, cargada de ramas, que Wita partía y plantaba en círculo en la arena azucarada. Yo se sentó con las piernas cruzdas, observando el trabajo de su hermana. Tomó un puñado de azúcar y lo llevó a sus labios: tenía un poco de gusto a tierra, pero era dulce: de modo que jugó a que comía caramelos. Wita lo notó y le dió un bofetón en la boca embadurnada de arena.



El sol ya había avanzado hasta el lugar en que se encontraban, cuando vieron a la madre bajando por el camino. La observaron con los ojos muy abiertos por el temor. Vieron que venía escondiendo algo entre los pliegues de su delantal gris. Yo se sentó sobre el redondel de azúcar, estirando las puntas de su guardapolvo para cubrirlo. Wita se incorporó, trémula, a la espera de los acontecimientos. Cuando llegó, las dos pudieron ver la furia que se retrataba en su semblante. Alcanzó a Wita y la tomó por un brazo, levantando una rama de sauce, amenazante sobre la cabeza de la criatura.

—¡Yo! —gritó Wita— ¡Fué Yo!

Yo se levantó y comenzó a correr por el camino. En su prisa, las piernitas tan cortas se le enredaron y cayó. La mujer la tomó del cuello, balanceando su cuerpecito en el aire, y golpeó furiosamente sus hombros y su espalda con la rama de sauce, que se hundió en la tierna carne, rasgándola. La criatura se retorcía de dolor y emitía frenéticos, agudos chillidos. Cuando dejó de pegarle, se dirigió a Wita, que estaba tiesa, ceñuda, esperando.

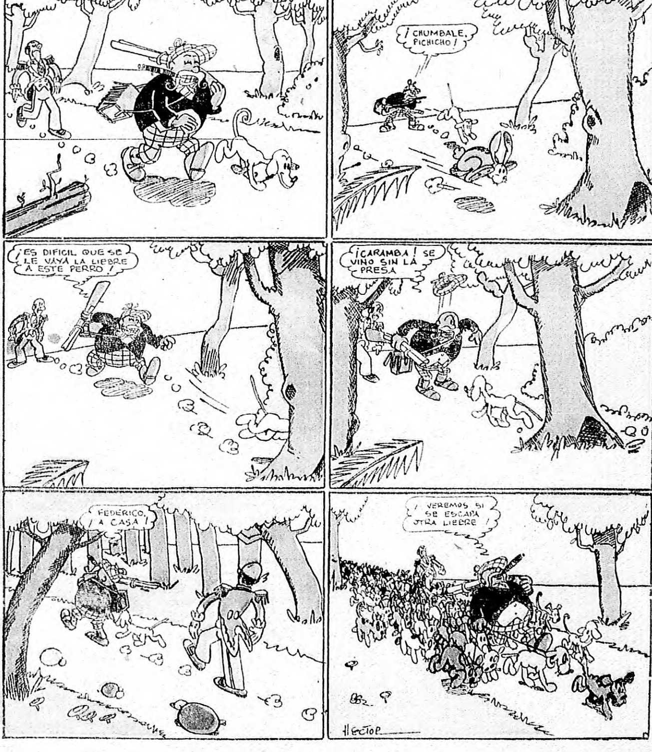
Mandó a las dos chicas adelante, golpeándolas constantemente. Wita marchaba con la cabeza erguida, pero Yo vacilaba, su mirada atontada y vaga como la de un animal apaleado. De pronto, incapaz de soportar por más tiempo la lluvia de golpes, echó a correr hacia el borde del peñasco, en donde los cuervos volaban en círculo, y, al llegar, desapareció rodando entre los súbitos montones de polvo y de cascotes.

La descarnada mujer se detuvo, sus amenazas estranguladas en su garganta. Por un momento quedó inmóvil en el camino, empuñando la rama de sauce, que se había cubierto de manchas negruzcas. Después, arrastrando a Wita, se dirigió lentamente al borde del precipicio y miró hacia abajo. Sólo vió, al principio, un trozo de vestido colgando de una arista del peñasco. Cayó de rodillas y presintió, más que vió, pues su vista se había nublado, el cuerpo de la criatura, allá abajo, lejos, aplastado contra el suelo, sus vestidos reducidos a unas cuantas tiras. La brisa había desordenado sus cabellos. Unas rayas que brillaban cruzaban su espalda.

La mujer, acurrucada, se había convertido en una masa inmóvil. Tenía la vista fija en el precipicio. Sus cenicientos labios colgaban en un gesto idiota, formulando silenciosas frases.

Wita, dejando oír entrecortados sollozos, tomó la mano de la mujer y bajó con ella la colina, pasando por el círculo de arena y de azúcar, a donde acudían, curiosas, algunas urracas.

El Nuevo Rico ★ por H. Rodríguez





LA TRAICION

por G. Trillo y O. Behety

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

LAZARO recuerda su amistad con Demetrio, como recuerda los crepúsculos que hicieron vibrar su infancia trágica; la tierra ocre de la heredad donde pasó su adolescencia y las noches de su desesperada juventud arrasada en múltiples aventuras en las que la ira, el júbilo y la demencia lúcida participaban por igual.

Demetrio tiene la sonrisa desaprensiva de los seres felices, sus ojos son mansos, pero a veces en su negror profundo brilla la vida huidiza, irreprimible.

Todas las tardes, al vagar por las calles, elegían aquellas amparadas por largos murallones, descascarados y leprosos, donde la sombra podrida se amarraba junto al musgo y los restos de cal se desmenuzaban lentamente.

Buenos Aires era una aldea cafre, un vago aduar de hotentocia o esquimalia para el fervor que ponían en sus sueños, para la impetuosidad de su anhelo.

Todo era mezquino, rutinario, vulgar. La cara de estopa de los hombres, el cuerpo deprimido de las mujeres, la horda alzada desde la tarde hasta el amanecer.

Definitivamente estaban destinados al fracaso. Pero no, su destino era otro.

De su antigua elegancia de gentleman sólo le restaba a Demetrio un chaleco amarillo y un par de botines de cuero de chancho africano. Lázaro era más feliz. Conservaba un impermeable, casi nuevo, herencia de su padre y un rancho de paja de la edad de la piedra tajada.

A pesar de que los dos eran escritores absolutamente inéditos, no perdían el tiempo en idear teorías absurdas, ni tratando de salvar al mundo con el descubrimiento de la verdad absoluta. Trabajaban. Demetrio envenenaba a una bajuna clientela de bestias de carga y pastiales, con perros calcinantes y churrascos podridos en una fonda de Liniers, último reducto de su vida estrafalaria.

Lázaro se dedicaba a empaquetar fósforos en una fábrica de Nueva Chicago. No hacían esos menesteres por amor al trabajo. Estaban tan cansados hasta de la orgía de su literatura de baja estofa, tan roídos por el odio, tan hastiados de sus muecas que se hubieran tendido muy tranquilos sobre los durmientes, mirando la mansedumbre de la luna y las estrellas herrumbradas.

—Sobre los durmientes, sí, pero que sean de una vía muerta — confesaba Demetrio con beatífica sonrisa.

No era un cobarde, porque en muchas noches de invierno, cuando el frío le congelaba la cara y sus manos se hacían más espectrales y el hambre le rebanaba el estómago hubiera practicado el harakiri con impavidez de santo.

No. No trabajaban como bestias por placer sino porque entre ambos tenían que cumplir la obra que se habían impuesto, la de alimentar a Márgara, la pobre hermana de Lázaro, postrada en una yacija miserable, entre el moho de las cuatro paredes de su cuarto.

La atorrancia, la bohemia eran cosas muertas. Había que trabajar duramente para llevarle a Márgara algo más que una bazofia y un mendrugo, y además, las drogas, los específicos de precios inaccesibles. Pero tenían la conciencia tranquila, y la serenidad de la sonrisa de la enferme los reconfrontaba. Sus palabras les daba ánimo para despertarse a la madrugada, cuando el trágico timbre del despertador cercenaba su sueño y largarse por esas calles de Dios hasta tomar entre la niebla y el frío un ómnibus astroso que parecía un animal desollado.

—Yo soy un miserable, lo confieso — decía Demetria —. Si hubiera hecho esta bella obra, la única de que puedo enorgullecerme en medio de tantas canalladas, por amistad, por el dulce y bello sentimiento de la amistad, merecería la santificación. Pero no. Estaba enamorado de Márgara y ese amor salvaje, egoísta, me sostenía en el trabajo inmutable.

Demetrio era así. Hacía esa confesión desenterrando las raíces oscuras de su alma.

De noche, al encontrarse al lado del lecho, la hipnotizaba con el fulgor de sus ojos, quería darle salud con sus manos ávidas, trataba de arrancarle de su dolor desesperado y de su terrible pena.

—¡Márgara!

Ferri iba todos los días a verla. El ya sabía que era imposible salvarla, pero luchaba desesperadamente, con toda su energía.

Aquel día encontró a los dos amigos tristes y desalentados.

—¡Márgara está mal! — dijo Lázaro.

—Da la sensación de que se fuera poniendo fría y lejana, agregó Demetrio.

—Es cierto... Tiene las manos heladas — y Ferri toma entre las suyas las manos descarnadas, finas, pálidas y perezosas de Márgara.

Pide una toalla. Descubre el cuerpo blanco, delgado, finísimo. Encuentra el corazón forzado, asténico, dilatado; el pulso pequeño, hipotenso, rápido e irregular, la respiración superficial, un leve dolor en los ovarios.

—¿Durmió bien anoche? — pregunta.

—Un sueño sobresaltado, nervioso...

—¿Pesadillas?

—Sí. Soñaba que huía por las habitaciones... que me perseguían... y que no podían alcanzarme... que yo corría ágilmente... libre...

—Cálmese... no se excite... —interrumpió el doctor Ferri ante la exaltación de Márgara.

—Vivo como a la espera de algo terrible...

—Está bien... descanse... tranquilícese... no se exalte..

Sólo ante Demetrio y Lázaro se mostró un poco preocupado

—Hay una gran debilidad — les dijo —. Un agotamiento de la energía nerviosa que yo no me esperaba. Es como si se pasara las horas pensando en algo doloroso.

—Sin embargo está resignada... casi siempre se muestra alegre... — dijo Demetrio.

—Lo único que sé es que hay un corazón forzado y propenso al colapso — dijo Ferri, duramente — y eso hay que cuidarlo... cuidarlo mucho...

Después, cambiando el tono, les aconsejó:

—Muchachos... cuídenla mucho... Vamos a darle epocalcium del doctor Guersant... no compren... yo tengo... se lo traeré mañana. Sigan con la digitalina... pero ahora cinco gotas, tres veces por día... y sobre todo, tranquilidad... mucha tranquilidad...

Cuando Ferri se fué ellos lo acompañaron, como siempre hasta la puerta. Al volver la encontraron a Márgara llorando.

—Sé que moriré pronto.

—No, Márgara, no oíste lo que dijo Ferri? ¿No vió él casos peores? ¿No los salvó a casi todos?

—Yo sé que esto no tiene remedio. Es lo fatal... Y él se irá con otra y será feliz... como lo merece... — agregó en voz baja, como un murmullo.

—No pienses nada malo, Márgara.

—¡Lázaro!

—No temas... no pasará nada.

Demetrio sale. Vuelve Lázaro a sumergirse en el montón de papeles que tiene sobre la mesa y continúa escribiendo. Márgara cuenta por milésima vez los pájaros azules pintados en el papel de la pieza.

—Uno... dos... tres... cuatro. — Nota que el tres es un poco más chico que el cuatro. Mira a Lázaro. La lamparita eléctrica vuelva un halo de luz sobre su cabeza. Márgara quiere hablarle pero tiene miedo de interrumpirlo.

Así pasan las horas.

Se oye el ruido de una puerta que se cierra, fuertes golpes. Lázaro deja de escribir. Márgara clava sus ojos avidos en la madera de la puerta. Sus ojos tienen esperanza.

—¡Demetrio! ¡Por fin!

—¡Mi muchachita! — contesta Demetrio besando a Márgara en la frente.

—¡Demetrio! — grita Lázaro.

Demetrio extrae de las profundidades ignotas de su bolsillo un bulbo del tamaño de una batata, seco como un mugrón.

—Te traje esto para vos, Márgara.

—¿Que és? — exclama alegremente, con ingenua curiosidad.

—¿Y qué es eso? —grita Lázaro con infinito desprecio.

—¡Un bulbo!

Estupor... asombro... Márgara mira a Demetrio con ansiedad.

—Con esto tendrás siempre a tu lado una plantita.

—¿Cómo? — pregunta Márgara sin comprender.

—Basta dejar este bulbo en un vaso con agua para que enseguida brote y se convierta en una planta...

Márgara lo mira asombrada y con voz de una frescura infinita dice:



—¡Qué lindo!

Lázaro mira el bulbo por todas partes como si tratara de descubrir algún secreto.

—¿Será cierto?

Era el anhelo de Márgara. Hacía mucho tiempo que ansiaba que su ventana diera a un jardincito para alegrar su vida con la contemplación de los cambiantes matices vegetales.

La pieza era húmeda y la tierra de las macetas ahondaría las grises manchas de las paredes.

Márgara no puede decir nada. Una feliz emoción la impregna de ternura. Mira a Demetrio como a un mago de cuyos ojos iba a nacer el milagro.

Demetrio se acerca a la cama. Le acaricia las manos, la mira hasta lo más profundo de sus pupilas mientras Lázaro destapa la marmita que hierve sobre el calentador y grita:

—!A comer!

Había una sartén negra sobre el calentador. Una mezcla mucilaginosa de algo blanco y amarillo se freía en la sartén. Lázaro la cuida religiosamente como si custodiara a la virgen sagrada del Bramaputra. De cuando en cuando revuelve la masa mucilaginosa con una cuchara de madera. El despertador marca las ocho de la noche. Demetrio entra impetuosamente, husmea la atmósfera tratando de adivinar lo que se fríe pero tiene muy poco de vidente.

—¿Cocino también eso? — pregunta Lázaro señalando el bulbo que está enclaustrado en un vaso de vidrio blanco.

—¡No seas bárbaro! Ya vas a ver cuando empiecen a salir las flores — dice Demetrio, no con mucha convicción, porque todavía duda de lo que le dijo el jardinero que se la vendió.

—¿De qué color serán? — pregunta Márgara.

Demetrio vacila un momento, pero enseguida contesta, por decir algo:

—Coloradas.. serán coloradas..

—¿Habrá que esperar mucho tiempo? — dice Lázaro burlonamente.

—No te burles, ahora... Esperá unos días y ya vas a ver qué maravillas.

—Lo mejor que podemos hacer es freír el bulbo ese. Debe ser un buen comestible.

Y Lázaro lanza una brutal carcajada de fingida alegría, mientras continúa en la sagrada tarea de revolver la masa mucilaginosa que ya toma un tinte verdoso.

Márgara cuenta por milésima vez los pájaros azules del empapelado. De pronto pregunta:

—¿A qué no saben cuántos pájaros hay en esa pared? — y al ver que Demetrio empieza a contarlos agrega: pero sin mirar, ¿eh?

Demetrio empezaba a contarlos, tratando de que no lo vieran.

—Pero, sin mirar, ¿eh?—agregó Márgara.

—¡Ciento cincuenta! — respondió Demetrio, instantáneamente.

—Esto requiere por lo menos un cuarto de hora de meditación — dijo Lázaro, poniendo las dos manos abiertas sobre sus ojos y adoptando la pose de la pitonisa de Delfos.

Hizo un rápido cálculo mental.

—Diez por ocho, por cuatro, dividido dos, menos los del hueco de la puerta que serán... serán... ¡ciento veinte! grita, como un triunfador.

—¡Ustedes viven lejos de la realidad — dice Márgara— hay trescientos veinte pájaros justos. Los he contado miles de veces.

—¡Lindo entretenimiento! — dice Lázaro.

—No creas que me ocupo solamente de eso. Mirá. Ya les he cosido los siete pares de medias.

—¡Matemático! Tres pares y medio para cada uno! — grita Demetrio.

—No. No pueden equivocarse. Las de Lázaro están gastadas en el talón. Las tuyas, Demetrio, en el dedo gordo del pie.

—Así que hasta nuestros más íntimos secretos compartís — dice Demetrio ,alegremente.

—Si así fuera — piensa Márgara, con tristeza. Y dice, en voz alta.

—¿A qué no son capaces de adivinar una cosa?

—¿Un enigma?

—¿Un logogrifo?

—No, es más simple. Les voy a leer una frase de un libro y ustedes me van a decir de quién es.

—¡Oh! Eso es muy fácil — responde Lázaro, creyéndose ya victorioso.

"¡Ay de los que moran a la parte del mar!

"Destruiré los hombres, y las bestias; destruiré las aves del cielo, y los peces de la mar; y talaré la luz sobre la haz de la tierra.

"Y habrá en aquel día, voz de clamor desde la puerta del pescado, y aullido desde la escuela y grande quebrantamiento desde los collados.

Y será en aquel tiempo, que yo escudriñaré a Jerusalén con antorchas; y haré visitación sobre los hombres que estarán sentados sobre sus heces.

"Cercano está el día de Jehová, cercano, y muy presuroso; voz amarga del día de Jehová; gritará allí el valiente.

Día de ira aquel día. Día de angustia y de aprieto, día de alboroto y de asolamiento, día de tinieblas y de oscuridad, día de nublado y de entenebrecimiento.

"Día de trompeta y de algazara sobre las ciudades fuertes, y sobre las altas torres.

Y rebaños de ganado harán en ella majada ;todas las bestias, trótalo también, y erizo también dormirán en sus umbrales; voz cantará en las ventanas, y asolación será en las puertas, porque su madera de cedro será descubierta.

"Los cielos y la tierra temblarán .

"Las ramas de mi higuera quedaron blancas.

"Secóse la vid, y la higuera pereció, el ganado también, la palma y el manzano: todos los árboles del campo se secaron, por lo cual el gozo se secó de los hijos de los hombres.

"El grano se pudrió debajo de sus terrones, los bastimentos fueron asolados, los aifolies destruídos.

"¡Cuánto gimieron las bestias! ¡Cuán atajados anduvieron los hatos de los bueyes porque no tuvieron pastos. También los rebaños de las ovejas fueron asolados.

"Clamaré porque fuego consumió la cabaña del desierto y llama abrasó todos los árboles del c

"Las bestias del campo también bramarán a tí; porque se secaron los arroyos de las aguas, y las cabañas del desierto consumió fuego.

"Tiemblan todos los moradores de la tierra, porque viene el día de tinieblas, porque cercano está.

"Día de tinieblas y de oscuridad: día de nube y de sombra como el alba que se derrama sobre los montes.

"Delante de él temerán los pueblos: todas las caras se pararán negras.

"Delante de él temblará la tierra, los cielos se estremecerán; el sol y la luna se oscurecerán y las estrellas retraerán su resplandor.

"Tierra, no temas, alégrate y goza.

"Animales del campo, no temáis porque los pastos del desierto reverdecerán, porque los árboles llevarán su fruto, la higuerra y la vida darán sus frutos.

"Y será que después de esto, derramaré mi espíritu sobre toda carne y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, vuestros viejos soñarán sueños, y vuestros adolescentes verán visiones.

"Y daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre y fuego, y columnas de humo.

"El sol se tornará en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso de eJhová".

—Es la terrible verdad —dijo Lázaro.

—Yo no comprendo por qué da esa tristeza, por qué ahonda esa amargura que nos corroe.

—Es que somos nosotros mismos. Son palabras que parece que nos estuvieran diciendo a nosotros, y que llegan hasta destrozarnos...

—Los mismos días de hoy, los mismos días de entonces...

—Pero entonces había una esperanza, y ahora... y hoy...

—También hoy — dijo Márgara haciendo un esfuerzo, para que no se dieran cuenta que mentía.

—No habrá perdón! No habrá perdón! — grita Demetrio —. ¡Nunca hubo perdón! Vivimos abandonados, peor que los animales.

—Todo eso hace sufrir... nos hace más miserables...

—¡Esa voz de angustia!

—No, muchachos —dijo Márgara— eso une los corazones... eso ayuda a vivir.

—¡Mi tortilla! — exclama Lázaro, corriendo a sacar la sartén del calentador. La masa mucilaginosa ya estaba frita y empezaba a quemarse. La volcó sobre un plato. Era una tortilla de estructura más misteriosa que la del cuerpo amarillo.

—Cuando me levante les voy a hacer comidas deliciosas... Yemas doradas, cebollas rellenas... y echaremos hongos, estragón, canela, jengibre ,todo!

Sentía ahora una alegría nerviosa y creía en sus palabras.

Comieron alegremente y Lázaro destapó una botella de vino blanco que se había procurado quién sabe por medio de qué terribles y secretas maquinaciones.

★

Desde ese día no volvieron a ver a Demetrio. Márgara empeoraba visiblemente. Ese día, cuando Ferri llegó no pudo ocultar su turbación y su pena. Vió a Márgara moribunda, y le preguntó duramente a Lázaro:

—¿Pero hizo todo lo que prescribí?

—Todo.

—Es extraño.

Ferri se paseaba absorto.

—Ese dolor de cabeza permanente, ese cansancio intenso que ahora tiene, esa crisis del sistema nervioso con rigidez en los miembros y temblores de todo el cuerpo sin conciencia de ello, son síntomas que me alarman.

—No come casi nada y a veces llora, cuando cree que no la estoy mirando, dice Lázaro.

—Demetrio... — y el doctor Ferri titubeó unos instantes — ¿no volverá?

—No volverá — exclama Lázaro, con tristeza

—Por ella... debía volver... por unos días... ¿No puede buscarlo?

—No vendría.

—¿Quiere que le hable yo?

—¡No! ¡Nunca! es un miserable... Que haga lo que quiera...

—Se trata de ella...

El doctor Ferri trata de arrancar un cuerpo del dolor, pero la sensible materia del alma seguirá sufriendo. Las menstruaciones anormales y dolorosas, la congestión ovárica, la atonía uterina, las convulsiones, pueden aliviarse. Pero la angustia...

Ferri lucha hasta el sacrificio.

—Es un santo — piensa Lázaro —. Desea abrazarlo, llorar sobre su hombro pero tiene vergüenza.

Le da una inyección de sulfato de estricnina al uno por mil. Márgara sufre, pero no se queja. Está demacrada. En su rostro pálido aparecen unas pequeñas manchas azules. Sus ojos indican sólo una cosa: tristeza.

—Le vamos a recetar sellos de nuez vómica y glicerofosfato de calcio. Le da un sello antes de comer. Mucha leche helada y unas copitas de oporto, por día. Al salir Ferri, le dijo a Lázaro, en voz baja — y sobre todo.. busque a Demetrio.

Fué inútil buscarlo.

Al día siguiente Ferri fué temprano.

—No hay nada que hacer — dijo.

Lázaro tembló. Un frío angustioso le corrió por la médula. Se acercó al lecho y quedó allí, junto a Márgara, escuchando el jadeo de su respiración.

Es terrible saber esto... y no poder hacer nada... — dijo —. ¡Cómo se llega a maldecir!

Escuchaba anhelante el silbido que se quebraba en la pobre boca. De pronto oyó, débilmente, la voz:

—Lázaro...

—¡Márgara!

—Lázaro... decile a Demetrio que hubiera querido ser mejor... para él...

—¡Márgara!

—Hermanito... siento frío...

La voz se hizo ronca. Después la respiración fué un lento estertor.

Lázaro escuchaba, llorando como un niño, sabiendo que uno de esos estertores iba a ser el último.

Fueron dos horas de terrible suplicio. Es una desesperación monstruosa que se mete en la sangre y vive con nosotros. Nos sentimos débiles, miserables, dignos únicamente de ser humillados y escupidos.

Dos horas escuchando el terrible estertor. Lázaro sentía que cada cabello suyo era un nervio que dolía. Sus ojos estaban secos.

De pronto todo calló. Una luz Márgara. Algo doloroso empañó sus pupilas.

Lázaro y Ferri estaban con los ojos clavados en Márgara, esperando. Pero ella no abría los ojos. La respiración es amplia y afanosa. De pronto da otro grito, esta vez más débil y abre los ojos. Sus ojos miran desesperados. Primero a Lázaro, después a Ferri; no parece reconocerlos. Se sienta en la cama, se aferra a los barrotes, busca el aire, anhelante. Una ola violenta invade su cara.

—¡Demetrio! — grita haciendo un esfuerzo y se apodera de las manos de Lázaro — y después, abatida por el esfuerzo, cae postrada.

Ferri siente que el corazón no da más. Sabe que todo está perdido. El corazón tiene contracciones insuficientes, fibrilares, latidos incontables. El pulso está perdido. Sin embargo le aplica una inyección de aceite alcanforado con cafeína. Aparece una serosidad sanguinolenta en los labios. La respiración es entrecortada. Más aceite alcanforado. La respiración se detiene por momentos, pero vuelve a tomar el ritmo.

Márgara hace una aspiración profunda. Después otra.

★

Lázaro vió el vacío. Todo le pareció ruin, miserable. Los muebles que antes tenían un lenguaje y algo de íntimo ahora le parecían pedazos de madera sucia, las cosas estaban impregnadas de tristeza, los pájaros azules del empapelado estaban sin color, desteñidos. Quería gritar pero se contuvo. Se sentía envejecido, destruído, incapaz de vivir. Hubiera querido sentir el dolor físico agudo para no pensar más en ella.

—Cortar con vidrios los brazos, la garganta — pensaba —. Todavía le parecía imposible.

—Calmate, hermano. Tenía que suceder — le decía Ferri— sentir la muerte terrible es la angustia más espantosa que se pueda sentir... Estamos hechos de la miserable materia.

—Yo no sé qué siento, Ferri, pero tengo ganas de hacer algo terrible... tengo la obsesión de hacer sufrir como yo he sufrido... de vengarme de todos ...de todos.

—Tranquilizate... Esto pasará... como pasa todo... — y acercándose más aún a Lázaro, le dijo —: Todavía élla tiene los ojos abiertos.

Lázaro se acercó al cadáver. Apoyó sus dedos, suavemente en los párpados de Márgara, temerosamente, como con miedo de despertarla.

A pesar de que tuvo que hacer un esfuerzo para cerrar aquellos ojos, no los pudo cerrar del todo.

★

Dos meses después, recibió la carta de Demetrio. La leyó lentamente, dos veces.

"LAZARO:

"Sé que no merezco el perdón. Pero necesito escribirte, necesito decirte todo lo que te diría a vos, cara a cara. Pero no puedo. No me atrevo. Tengo miedo de verte. Me siento desesperado. Nunca expiaré eso. Sé que soy despreciable. Pero sé que también soy débil, muy débil, hoy más que nunca que estoy agobiado, doblado de angustia, destrozado. Fué una traición baja la mía. Pero estaba desesperado, me ahogaba, me sentía débil y enfermo y creía que iba a morir. Busqué mi salvación. No pensaba nada más que en huir. Lo hice, pero lo hice con un dolor atroz. Estoy acosado por el remordimiento. Decime algo. Escribime. Una vez fuiste amigo mío. Ahora te necesito, hermano. Dejame que te llame así aunque sea por última vez. Pensá un poco en lo débil que somos. Hubiera podido decir la verdad, dar una explicación antes de irme de tu casa, en esa forma, así ocultamente como me fuí... pero si hablaba ya no me iba... cómo soportar la mirada de élla... de élla... cómo soportar tu mirada fuerte, leal, noble... No podía hacerlo... tuve un miedo terrible... perdoname... No podría acercarme a vos sin temblar... Estoy acosado por el remordimiento... A veces me envuelvo la cabeza con una frazada para no pensar... me echo alcohol por la nariz, llega al cerebro... apaga... calma... pero es inútil todo lo que haga... siempre la veo a élla... comprendes... a élla... que me mira... y sufre... pero yo... yo... yo... Hablame... decime algo... una palabra... una sola... te lo pido... te ruego... suplico".

A Lázaro no le impresionó la carta de Demetrio. Tomó un pedazo de papel y le escribió unas líneas. No quiso poner el nombre que le parecía tan despreciable, ni la firma porque no la merecía.

"Ella esperaba verte antes de morir. Esperaba todo de vos, pero nunca nada tan bajo, ruin y miserable. Quedate con tu vil miseria. Sufrirás tan atrozmente que pedirás perdón, desesperado. Desesperadamente pedirás el perdón".







Compañero de Oficina

★ Por Soler Darás ★

ES un hombre común, casado y con hijos. Tiene 35 años: es grueso, calvo y de regular estatura. Lleva 4, 6, 8, 12 años de servicio. No se sabe cuando dice la verdad ni hasta dónde es cierto lo que le sucede con el empleo, con la familia, con el sueldo, con la pebeta y con la mania continua de su próxima cesantía. Siempre tiene 0.20 ctvos. en uno de los bolsillos altos del chaleco. Da la impresión de que nunca fué dueño de un centavo. Se queja continuamente y continuamente habla de pedir unos pesos (a nadie presta un centavo). Cuando llega a su empleo siente la necesidad morbosa de conversar; con lo que cree adivinar los pormenores del Ministerio. Todos los percances de la vida parecen haber pasado por él. Es divertido cuando se le observa como algo ejemplar: cargoso y despreciable cuando se le transparenta lo canallesco de su vida. Cuando no tiene con quien conversar, se le ve caviloso, mirando para el suelo. Alguien, que le conoce la "pose", le dice: "¿Le vas a escribir a la pebeta...?

Ambos se miran... La pregunta va llena de matices. El de la cachada se retira con un cierto airecillo de superioridad. Mi compañero de oficina se siente indignado, con el instinto al grado mayor de la hombría... Entonces le dice: "¡Qué querés con tu cultura! ¿Te crees que sos el único que sabe ortografía...? He leído a Almafuerte, he leído... ¡Y soy un hombre...!"

Se sienta indignado. Amasa bronca por espacio de media hora. Después, dueño de tanto coraje, se dirige hacia la oficina donde un alto jefe se palpita que le tiene simpatía. Entra. Lo conversa con almafuerte... con algo de superhombre. Le expone sus necesidades de padre de familia. Le explica hasta donde se merece estar en el presupuesto, y todos los apéndices de su vida de cesante continuo y de otras y tantas patéticas miserabilidades. Hasta que, finalmente, como una amenaza contenida, le redondea estas frases: "Usted es el único hombre digno de todo el Ministerio. Por eso he venido a mendigarle, con altura, este servicio... ¡Nunca he pedido nada! Y como empleado me siento orgulloso de mi honradez e idoneidad. Soy amigo de mi jefe y cumplo —hasta en contra de mi voluntad— en todo lo que me ordena en las horas ajenas a mi obligación y en privado. ¡El le dirá la injusticia que se hace conmigo!

Mi compañero de oficina sale de este lance como si volviera de una conquista. Entra a la oficina todo expansivo.

Son las 16 horas y aún no ha empezado a trabajar. De pronto aparece un superior. Mi compañero se concentra, abrumado de trabajo... Hace mímica, escena. Se llena las manos de papeles y por casualidad resulta que tiene algo que hacer. También por casualidad se arrima al superior. Olfatea el modo de entrarle con algún fin. *Por asuntos de servicio* intercala tanteos. Lo trabaja por las carreras, la fulana, el próximo ascenso, la política, etc., hasta encontrarle el lado flaco. Cuando cree que está en la "calda" procura hacerse amable y se va... haciéndose el oso...

Dentro de unos días estará sentado, en éxtasis, con la mirada fija en el suelo. Alguien le dirá: "¿Hoy no le ha pasado nada a tu familia...?"

Mi compañero se dará cuenta que le espantan la mosca... Hará un gesto napoleónico y, reaccionando expansivo, encenderá un cigarrillo con aires de señor.

Al in promptu, cargado de coraje, se presentará a la oficina de aquel superior que puede y que le hizo la entrada. Le llevará algunos datos que no fallan, hasta arrimarle, de a poco, aquello de "Nunca he pedido nada".

A eso de las 17.30 horas mi compañero de oficina tiene en la cara una atmósfera especial, como si hubiese administrado a todo el Ministerio. Después vuelve a caer en éxtasis. Al rato reacciona y dice, para consigo mismo: "Me parece que va a haber cesantías. Tengo un pálpito..."

Los compañeros, despreocupados, creen que se trata de una pregunta ortográfica. Alguien le dice: "Va con hache..."

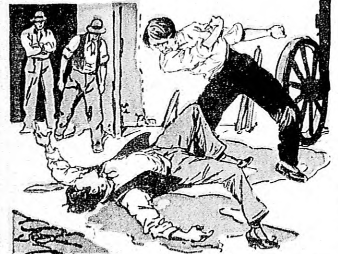
Esta vez no se enoja. Convida cigarrillos y se muestra amigo (cuidado con esto) de todos. Cuando alguien va a confraternizar con su amistad, mi compañero de oficina empieza a sentirse explotado por el Estado. Dice, a manera de insultos: "¡Ciento cuarenta y siete con veinte! ¡Y no cobramos! ¡Qué miseria...! Somos los torturados: los redobloneros de las recomendaciones.

Dicho esto camina de un lado para el otro. Intimida desahogos con algún compañero. Y aunque no sabe escribir a máquina se pone a teclear, arrastrándose un tango para sus adentros. Después se limpia las uñas con un escarbadientes, pero no se lava las manos. Sale a las 18 horas de la oficina, como todo un hombre de administración, lleno, al parecer, de preocupaciones. No es muy compadrito, pero dice que tiene una pebeta que lo comprende.

Mi compañero de oficina es un hombre común, casado y con hijos. Tiene 35 años: es grueso, calvo y de regular estatura. Lleva 4, 6, 8, 12 años de servicio. No se sabe cuando dice la verdad ni hasta dónde es cierto lo que le sucede con el empleo. Todos los percances de la vida parece que han pasado por él, hasta la caída de Irigoyen.

Tres Peleas Criollas

Por Raúl Viana ★ Ilustración de Rojas



El Pedacito de Pan

Fué en un corralón y depósito de materiales de la calle Dorrego. El herrero le negó un pedazo de pan al caballerizo, porque, comentaba:

—Me lo quiso sacar de prepotencia...

El caballerizo era correntino, y:

—A ningún correntino se le niega lo que pide buenamente. ¿Lo pidió de prepotencia? ¿Lo pidió buenamente? Difícil saber nada cuando se llega a los diez minutos de haber empezado una discusión entre criollos.

El correntino fué juntando rabia. Y de pronto se lanzó sobre el herrero, cuchillo en mano. Este, auxiliado por una suerte extravagante, tendió su mano a lo loco y la volvió otra vez al frente, ya guarecida de un afilado hierro. Tal vez ni ánimo de herir tenía. Pero el cuchillero, ya lanzado, fué a ensartarse un brazo en el fierro, instrumento de trabajo, no de pelea. Pareció recobrar el sentido. Soltó el cuchillo y se fué, sin buscar más castigo. A los dos pasos caía al suelo, medio desangrado por una arteria rota. Desde abajo no pidió más consuelo que el vino. El herrero, olvidado de corajeadas, ante el duro espectáculo del hombre que se le iba acabando enfrente, le alcanzó el vino y casi le lloró un:

—¡Perdóname, hermano!

El correntino no contestó. No le contestó nunca en adelante, a pesar de que el otro buscaba, con un despierto remordimiento, el instante de la reconciliación que lo aliviara de penas y temores.

Sin embargo la reconciliación llegó. Fué atroz, dramática, bajo la presencia de una agonía salvaje, inhumana. Dos vigas de hierro cayeron sobre las piernas del infeliz herrero, un día que éste las removió imprudentemente en busca de desechos para herraduras. El hombre no aflojó. Pero sudaba, sudaba con el frío sudor de la angustia y el dolor físico lacerante, que envolvía su cuerpo como una llaga. Los muchachos acudieron. A la cabeza el correntino. Este los animaba. Puso su hombro bajo las vigas. Todo inútil. ¡1200 kilos! Las piernas, contra la tierra, ya no serían más que una masa fofa de músculos, nervaduras y sangre. Los otros no daban más. Pero el correntino seguía allí, sudando, a la par del agonizante:

—¡Gracias, hermano! No es por mí, ¿sabés?, que les pido que hagan fuerza... Es por los pibes y la patrona...

Y el correntino:

—¡No tengás miedo! Ya va cediendo — terminó por mentir.

La grúa, al fin armada, lo sacó, todavía vivo. Nueva intervención a los dos días. Volvió a la cama, todavía vivo y contento porque el capataz le había dicho:

—No te aflijás porque te falten las piernas. Te vamos a dar un trabajo liviano...

Y el correntino siempre allí. Perdida toda tiesura. Olvidado todo rencor. Tanto, que el herrero pasó de largo, apaciblemente, con apenas un par de boqueadas, cuando juntos festejaban la ocurrencia del correntino:

—¿Te acordás, hermano? ¡Qué macana aquello del pedacito de pan!

El Crítico en Desgracia

Boliche cerca de Chacarita. Antiguo paradero de carros, administrado ahora por el italiano Alberto. Algunos compadres amasan pereza y olvido en incansables partidas de truco. En el mostrador en cambio, se da juego de cultura. Alguien, lleno de buena fe, enuncia una vaga opinión sobre una obra teatral. Otro parroquiano, terminado el acre sorbo de caña, interrumpe:

—¿Y cómo lo sabés? ¿Acaso sos crítico?

La sugestión le parece salvadora al preopinante.

—Sí. Soy crítico. ¿Y qué hay?

—Ese "qué hay" vuelve para todo el mundo más inteligible la exageradamente profunda conversación. Hay expectativa en la concurrencia. Algunos trucos quedan sin decirse y las mugrientas cartas se duermen sobre las mesas. Llega la respuesta, cortante como un escupitajo:

—¡Qué vas a ser crítico! ¡Sos loco!

Se crispan los puños. La voz de Alberto que dice "A la calle, a la calle", no se oye en el remolino de hombres que ya están afuera. Llueve. Un encontrón nomás, y el erudito de boliche rueda entre el fango húmedo. El corralito de mirones se contenta con la revolcada. Retornan el embarrado, el contrincante y los otros al mostrador. Allí las cañas sellan la paz de nuevo. Alguien apunta maliciosamente:

—A vos, che, crítico, te embroma la literatura.

El hombre ya vuelto a lo suyo, se justifica, con una humildad que emociona.

—¡Qué voy a ser crítico! Si lo dije en broma, hermano...



El Heridor Desconocido

Anochece. En el almacén no hay más que tres hombres. De pronto entra uno corriendo. Sobre la boca un gran manchón de sangre. Suda angustiosamente. Descubre su herida para articular:

—Escóndame.

Uno de los parroquianos se levanta y ordena al almacenero:

—Cierre en seguida.

Cumplida la previsión antipolicial, llevado el hombre a la segura trastienda, se le interroga:

—¿Qué diablo has hecho?

—Descargué el tambor. Cayeron tres...

Alguien sale prudentemente a informarse. El lío ha sido a la vuelta. Cerca del suceso está la casa de auxilio. Un hombre, con la cabeza herida, sale de ella, acompañado por oficiales y agentes de policía.

—¿Qué pasó? ¡Decí la verdad! — le inquieren éstos.

—No sé. Estaba borracho y se me escapó un tiro. Alguien, de afuera, creyó que yo le tiraba y me contestó. No alcancé a verlo. Me tiré al suelo con otros dos compañeros. El tipo pensó que estábamos listos y salió corriendo.

El informante retorna al almacén.

—Lo heriste solamente a él. No te denunció.

—Está bien — contesta el refugiado. — La otra vez que nos encontremos, terminaremos este asuntito...

Dos odios pacientes, que no ceden ni ante el dolor punzante de las heridas. Dos odios que no se desangran. Que se conocen y esperan jugar aún una última carta, en que la parada en juego será la muerte.

Telarañas

★



EL mundo está demasiado viejo, todo lleno de telarañas...

Este es el estribillo terco del viejo Sandalio, el jardinero negro de Java, canturreado monótonamente por él en las más diversas ocasiones, mientras agita las manos alrededor de su cabeza como para desasirse de una trama invisible.

No se trata de ninguna aberración de su órgano visual, imputable a los achaques de la edad: por el contrario, el negro Sandalio conserva la vista válida como en su juventud. No; no se trata de eso.

El origen de esa rareza es preciso buscarlo, tal vez, en otra parte; seguramente en su pasado... ¡Ah! Pero el javanés es reacio a toda suerte de confidencias. El misterio de esas palabras, pues, queda siempre en pie, como un muro rocalloso que en vano tratan de hincar las endebles uñas de la curiosidad para trepar hasta su dilucidación.

—El mundo está demasiado viejo, todo lleno de telarañas...

Los hechos relacionados con la vida de Sandalio no me suministraron material suficiente como para que me fuera posible atribuir en concreto a alguno de ellos el origen de su estribillo pertinaz, obstinado e invariable como el tic tac de un reloj goteando en el insomnio. A pesar de ello, como el caso en sí es ya bastante curioso, me limitaré simplemente a narrar esos sucesos, por si la perspicacia de alguien, más alejado de los mismos, y por lo tanto mejor ubicado para apreciarlos, pudiera acertar con la clave que descifre el enigma.

Veinte años hace, cuando nació Livia, mi última hermanita, se trató de procurarle una nodriza, y se empleó en casa, con ese fin, una joven negra de rara belleza. Muchas veces ella me hizo pensar (yo era por aquel entonces un colegial romántico, fantaseador, que se jactaba particularmente de traer siempre a colación alguna cita histórica de mucho efecto, con el consiguiente disgusto de sus padres), me hizo pensar, digo, en la Venus de ébano a que Baudelaire hace tan frecuentes como veladas referencias en su colección maligna. Con ella vino Sandalio, que era su esposo, y entró también a nuestro servicio, como jardinero.

La mujer, que se llamaba Anaka, no se adaptó al ambiente: y una nostalgia aguda evidenció bien pronto los efectos de ese choque.

En cambio, yo pensaba: —Anaka es tan bella, que está triste de serlo. Padece la carga de su belleza, como la rama que se doblega al peso de los frutos. Toda feliz plenitud tiene melancólico el rebasamiento. En su isla, de fijo pescaba madréporas a flor de onda, en su piragua rápida; y los nativos que untan con aceite de coco la desnudez de los millonarios que toman baños de sol en esas playas, la miraban pasar suspendiendo sus masajes, con la mano inmóvil y la boca abierta. De haber nacido en las márgenes de nuestro Paraná, hubiera sido adorada por los autóctonos con el nombre de Hun-y-nambú, que significa "paloma negra".

Ella se pasaba las horas acurrucada en cualquier rincón, o solitaria, en algún banco del jardín, añorando su choza de bambúes en la isla salvaje; y las diligencias de Sandalio para neutralizar los efectos de ese desgano, no lograban nunca disiparlo. Su estado de ánimo, después de las intentonas persuasivas de Sandalio, se manifestaba con esta frase:

—Mientras viva la niña, tendré que estar a su lado... En esta casa grande, lejos de mi choza...

De modo que, para ella, lejos de pensar en amoldarse a la nueva vida, mi hermanita era como un obstáculo que la privaba de disfrutar su existencia primitiva, allá con sus otros familiares entre los cocoteros y los monos.

Al poco tiempo, la pequeña Livia empezó a adelgazar en forma alarmante: se tornaba enclenque, estaba muy pálida. Al principio no se le dió mucha importancia al asunto, atribuyéndose el cambio experimentado por la niña a uno de los tantos desarreglos gástricos propios de esa época de la vida, y que son tan comunes durante el período de la dentición; pero, como el mal se agravara, mi padre optó por consultar a un médico. Se tomaron algunas providencias. Sin embargo, la merma acusada en la salud de la niña continuó, cada vez más notable, hasta hacernos temer por su vida.

De pronto, tuvo lugar un suceso impresionante.

Mi madre había manifestado en varias ocasiones la extrañeza que le ocasionara el oír llorar a Livia cada vez que la nodriza iba a darle el pecho. Como ese detalle la intrigara, decidió sorprender la causa, pero tratando de no poner en guardia a Anaka con ninguna manifestación hecha en ese sentido, pues empezaba a sospechar de la conducta de ella.

En efecto, esperó la ocasión propicia, y una vez llegada, se introdujo subrepticiamente en la habitación de la nodriza mientras ésta se disponía a amamantar a la criatura.

Se entabló el siguiente diálogo:

—¿Qué es lo que ha escondido usted, Anaka?

—Nada, amita, no es nada...

—A ver.

Mi madre levantó una almohada de la cama, y descubrió debajo una cucharilla de las usadas para pocillo.

—¿Y esto?

Sobre la mecedora, en una tablilla, encontró el frasco del vinagre.

—Nada amita,, nada...

Mi madre lo comprendió todo. Anaka estaba matando a la pequeña Livia a fuerza de vinagre, suministrado en pequeñas dosis para que no se advirtieran de golpe sus efectos.

Guardó reserva. Se buscó a otra mujer. Se le entregó a Sandalio el importe para los pasajes, y el fiel negro se llevó a su mujer, enferma de nostalgia, a las feraces islas del Sonda; y en ellas tuvo lugar la segunda parte del drama.

Sandalio, al partir con su mujer, cuya acción le significaba un rudo golpe para su sensibilidad de leal servidor, había prometido volver a nuestro lado no bien dejara a Anaka a buen resguardo, con los suyos, hasta que se repusiera. Amaba a Anaka; la amaba con un amor circunspecto, casi felino, pero intenso.

Comprendía que ella había obrado mal tan sólo a impulsos de un desequilibrio nervioso derivado de su gran depresión nostálgica, y la perdonaba, como nosotros.

Partieron.

A propósito de las islas del Archipiélago holandés, diré que son frecuentes allá lluvias de ceniza, fenómeno volcánico que redujo a abono todas esas poblaciones, periódicamente, durante muchos siglos.

A la semana de haber llegado ambos a Merapi, se desplomó uno de esos castigos sobre el lugar. Era el arácnido monstruo del cielo javanés. Bosques compactos de bambúes fueron calcinados; las chozas arrasadas; cadáveres de mujeres y niños sembraron los caminos, los campos, los montes, petrificados en las actitudes más diversas, sorprendidos, fulminados. La gente, en esos casos, muere de asfixia, agitando desesperadamente las manos alrededor de sus cabezas, como para buscarle un paso al aire...

Sandalio no sucumbió. Estaba lejos, en un barco, cuando tuvo lugar la catástrofe. Durante dos días con sus noches, buscó a Anaka entre los escombros y los esqueletos. Al fin la encontró. Le dió sepultura, la lloró.

Cuando volvió a nuestra casa, reanudó las tareas como de costumbre. Nada anormal se advirtió después en él, es decir, si se exceptúa el estribillo que trajera de allá, canturreado monótonamente durante sus tareas en el jardín, estando a solas, mientras agita las manos alrededor de su cabeza:

—El mundo está demasiado viejo, todo lleno de telarañas...



por

FERRARI AMORES

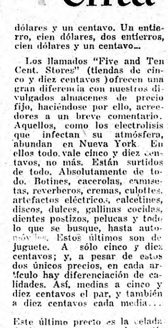
ILUSTRACIÓN DE [illegible]

New York en Venta

por

Solari Amondarain

Ilustración de Guevara



TIENE algo Nueva York, que no le es posible ocultar. Que Nueva York no puede negar. Más fácil le sería esconder sus soberbias ostentaciones de cemento, que intentar, con resultado, deshacerse de su inconfundible estigma de población marchanta. Sobre las peñas estériles que forman la isla de Manhattan, "como el cacto en los arenales ardientes, como el liquen en los yermos helados", la venta es planta espontánea y viciosa.

Las tan bien llamadas boticas — por el hecho de almacenar de todo — son comercios que además de específicos y preparados farmacéuticos, nos venden libros, relojes despertadores, útiles de escritorio, pañuelos, cigarros, máquinas de afeitar, medias,

También en ellas podemos "lunchar". Hay sandwiches, pollos, tazas de caldo, dulces, refrescos, chocolate, helados ,etc. No sí, al igual que en todos los restaurants de Nueva York, hay que engullir parado ya que no hay tiempo para comer sentado...

En estas boticas, comercios enciclopédicos, y en determinados días, vemos unos grandes cartelones que anuncian "Cut Rate Day" (día de corte de valor). Es entonces que ,a un precio ínfimo y único, compra uno, todo un lote de cosas. Así por ejemplo, "los días de veinte centavos", nos dan por esa reducida cantidad: un peine, una taza de caldo de tortuga, un par de medias, un jabón, un libro, un helado y un purgante. Todo por sólo veinte centavos. O sino, un frasco de perfume —cuyo color nos hacer creer que aquello ha de perfumar — un sandwich, un frasco de magnesia, un tintero, crema dentífrica, un despertador que toca "La Marsellesa", y algún otro cacharro más por el estilo. Todo es a elección y sólo por veinte centavos.

También hay, y esto no sólo en las boticas sino en todo género de comercios, los llamados días de "One cent Sale", ventas de un centavo. ¡Esto sí que es vender!... Todo lo que a usted pueda ocurrírsele sólo cuesta un centavo.

El truco es el siguiente. Un traje, diez dólares; dos trajes, diez dólares y un centavo. Un baúl, tres dólares; dos baúles, tres dólares y un centavo. Un diccionario, ochenta centavos; dos diccionarios, ochenta y un centavos. Una purga, cincuenta centavos; dos purgas, cincuenta y un centavos. Un fonógrafo, cinco dólares; dos fonógrafos, cinco dólares y un centavo..

El segundo objeto es el que en realidad, sale costando un centavo .El comprador, encantado ;pero el vendedor, en el precio global hace sus cálculos... Cálculos que, por cierto, debe hacer muy meditadamente. Enloquecido afán de realización de ventas, que, extendiéndose rápidamente, hoy puede observarse en todo. En el restaurant: un bisteck, diez centavos; dos bistecks, once centavos. Y hasta las empresas de pompas fúnebres vienen usando ya el procedimiento: un ataud, veinte dólares; dos ataúdes, veinte dólares y un centavo. Un entierro, cien dólares, dos entierros, cien dólares y un centavo..

Los llamados "Five and Ten Cent. Stores" (tiendas de cinco y diez centavos)ofrecen una gran diferencia con nuestros divulgados almacenes de precio fijo, haciéndose por ello, acreedores a un breve comentario. Aquellos, como los electrolisis que infectan su atmósfera, abundan en Nueva York. En ellos todo vale cinco y diez centavos, no más. Están surtidos de todo. Absolutamente de todo. Botines, cacerolas, camisetas, reverberos, cremas, culottes, artefactos eléctricos, calcetines, discos, dulces, gallinas cocidas, dientes postizos, pelucas y todo lo que se busque, hasta automóviles. Estos últimos son de juguete. A sólo cinco y diez centavos; y, a pesar de estos dos únicos precios, en cada artículo hay diferenciación de calidades. Así, medias a cinco y diez centavos el par, y también a diez centavos cada media...

Este último precio es la celada de las que, por su mejor calidad, cuestan 20 centavos el par... Lo mismo pasa con todo. Un precio es real y el otro, más elevado, de "ñanga pichanga"...

Igual pasa con los perfumes; 0.10 cuesta la esencia, pero como uno no se la va a llevar en el bolsillo, debe pagar 0.10 más, por el frasco. Los hay también a cinco centavos, pero éstos ya no son perfumes sino aguas de olor...

Recuerdo, vi protestar, acalorado, a un señor que se había hecho envolver una máquina de café, creyendo que sólo valía diez centavos... ¡Vaya una ganga!... Y era que diez centavos costaba cada pieza, y con la tapa, eran veinte las piezas que tenía...

Otro ,entusiasmado, se llevaba ya, toda una batería de cocina, completa, por diez centavos...; y había qué ver a ese pobre hombre cuando supo que 0.10 costaba cada cacharro...

Sí; diez centavos le cuesta a usted una magnífica cacerola, lo más bien decorada y todo, pero otros diez más, ha de pagar usted por su mango..

En el arte de vender, Nueva York, es lo más pintoresco de la tierra. Tiene calles cuya especialidad son las zapaterías; otras cuya exclusividad son artículos para radios. Otras en las que cada puerta es una peluquería..., y las hay, en las que no encontramos más que cepillos de dientes... Pero tiene la calle 14, que es algo así como una exposición interminable de su autóctona manifestación artística.

Todo el mundo vende algo. Me cruzo con un viejo vendedor de gomas que lleva a cuestas toda su tienda; cuenta un conocido escritor. Revestido de tubos negros y rojos, sobre la espalda lleva unos irrigadores y al cuello un collar de cánulas..

En cada puerta, interrumpiendo el andar de los peatones, nos par de rapaces vendedores, nos ponen en las narices, abrigos de pieles, a prueba de las más voraces polillas; jabones no resbaladizos; lápices y plumas en sus más variadas combinaciones; ollas eléctricas ;relojes a prueba de golpes; libros amarillentos de exóticos contenidos; preparados contra la calvicie, contra los callos y contra todos los dolores; vasos y copas irrompibles; cartones pegamoscas; manzanas de California y hasta cacahuetes cubanos...

¿Y el Bowery? Eso sí que es es típismo! Si son necesarios varios meses, como se ha dicho, para comprender la grandeza desleída en humedad de Londres, si se necesitan varias semanas para experimentar el seco encanto de París — con sólo quince minutos en el Bowery, habremos comprendido Nueva York!... Las callejuelas de esta barriada son tortuosas y malolientes. Canal Street, su arteria más amplia, aporta un poco "de aire, de luz y orden social". Toda la barriada en una inmensa Bolsa callejera de ropas usadas. Las tiendas ambulantes están, a ratos, emplazadas en los pestilentos cordones y cunetas de las aceras. Y su surtido lo componen, prendas de vestir que han pasado por varios dueños. Hay de todo, desde calzoncillos hasta gabanes. Zapatos, sombreros, camisas, ligas, calcetines, pañuelos, corbatas, etc. Hasta aquí llegan los golpeados de la fortuna, en pos de aquellos quince o veinte centavos salvadores que tienen la paradógica virtud de adentrarlos más aún, en la miseria.

Se quitan los zapatos, que los han llevado hasta allí y se calzan otros más deteriorados, recibiendo una grasienta moneda de diez centavos... Así dejan en la oBlsa callejera del Bowery, hasta la camisa y las medias. Y estas prendas, en menos de una hora, han cambiado varias veces de dueño.

Todo se hace en plena calle, a la luz del día: cuando más, en casos de tratarse de una prenda "demasiado íntima", el cliente se semi-oculta tras un pequeño biombo ,que suele ser de arpillera, o simplemente de papeles de diarios...

Entre clientes y proveedores, se producen a instantes, acaloradas discusiones. Discuten los primeros la calidad y el precio de costo, exhiben sellos de sastrerías famosas como John Davis, Wannamaker, etc.; pero todo es inútil: en la Bolsa callejera del Bowery ,todo se tasa por el valor actual...

PELOPONESO y JAZMIN

HAMLIN



